

Carmen. M. Sosa

Rosa Boschetti

Copyright ©2022 Rosa Boschetti
Todos los derechos reservados
Código de registro: 2206181405353
Textos: Rosa Boschetti
Portada: Rosa Boschetti
Diseño y maqueta: Valentina Acosta
Web: rboschetti.com
Redes: [@boschetti_r](https://www.instagram.com/@boschetti_r)

CONTENIDO

Introducción	i
Primer día de trabajo.....	1
Pasos que parecen seguros	4
El espejo en la puerta.....	6
Los fluorescentes	8
Encuentro intranquilo.....	11
Nos gusta pensar	14
Un oficio.....	19
Tentadora oferta de trabajo.....	23
Una maldición en la familia	27
Caja de regalos	30
Caminos diferentes	32
Decisiones	35
Sin fiesta no hay boda.....	38
Juntos	41
Una puerta se cierra, una ventana se abre.....	43
Possible trabajo	47
Salvemos el entorno	49
El café de la tertulia de la tarde.....	51
Préstamo sin intereses	55
La primera expulsión del grupo	59
Muerte del líder	64
Fuera del camino	69

Introducción

Carmen no cuenta con 16 años, ni es la más linda de la pradera, no es libre como la dibujó Bizet. No creo que ella conociera la letra: “*L’amour est enfant de bohème Il n’a jamais connu de lois*” aunque puede que también piense que «el amor es un niño bohemio». Es una chica dulce e inocente que encuentra el amor y aun así sigue queriendo algo más que sobrevivir.

Como si fuese poca cosa en 2019 se me ocurrió apuntarme a un reto de escritura en la web, consistió en escribir ese año cincuenta y dos relatos, uno semanal. Escribo todos los días y pensé ¿por qué no? Al leer los tópicos que el reto me dio, como cosa rara, por rizar el rizo a mi mente acudió Carmen, un personaje secundario al que no le fue muy bien en *Malas decisiones*, 2018.

Los problemas se agravaron para ella y su pareja cuando dejaron sus vidas en manos de otros que ofrecían reconocerlos como personas válidas, pero deseaba tanto ser reconocida como alguien inteligente que no logró distinguir la falsedad de ese grupo, así que me pidió que contara su historia: cómo conoció a Manuel, su romance y sus aspiraciones como persona. A la pobre le fue mal, como ya dije, por lo que estuve de acuerdo. Se lo merece, es valiente, imaginativa e inteligente, solo que está perdida y por eso la quise dar a conocer como protagonista de su propia historia.

Pretendí enlazar los cincuenta y dos tópicos del reto de escritura con la historia. Hasta el número cinco cumplí a rajatabla con las entregas y mi propósito de ese año, pero el destino es caprichoso y entre la vida real (y la de mis escritos) no lo completé y el proyecto quedó apartado, así es la vida de la pobre Carmen. Lo he retomado ya fuera del reto, obviamente. He cambiado los parámetros a mi antojo y en función de la historia.

Originalmente se ha publicado en mi web (rboschetti.com) por entrega, desde el inicio se pensó en publicar una edición en físico y digital con la historia completa, he aquí el resultado. Espero que podamos acompañar a Carmen hasta su desenlace mientras disfrutamos del viaje. Carmen M. Sosa te da las gracias por compartir tu tiempo con ella.

Rboschetti

Primer día de trabajo

Revisa la App y aún faltan diez minutos para el próximo autobús. Camina despacio. Al pasar frente al café en donde suele merendar recuerda el último domingo que estuvo allí y como no necesitó expresarse con palabras, sólo con mirar al camarero éste supo lo que debía servirle.

Con el agradable recuerdo de la tarta de chocolate en la boca se sube al autobús. Una vez sentada contempla, a través de la ventana, como la tranquila mañana amenaza con nublarse. En su cabeza revolotean antiguas imágenes, en un breve repaso de su vida y el nudo en la barriga se acentúa. Se pregunta a sí misma si el malestar es producto de los nervios por lo que va a emprender, por revivir viejos recuerdos o por ambas cosas. No lo sabe con certeza. Igual, su estómago siempre está anudado.

Al cabo de unos minutos su mente llegó a la tarde del 30 de diciembre, cuando se sintió capaz de darle un vuelco a su vida al comprender que tenía que cambiar. Ese domingo estaba distraída entre los bocados de tarta, el café y las notificaciones del teléfono móvil. Leía las publicaciones del grupo abierto que desde hacía un tiempo seguía como visitante silenciosa, sin comentar ni reaccionar, pero atenta a todos los detalles. Notó que dentro de los buenos propósitos de año nuevo hubo una publicación con un consejo para empezar el siguiente año que se repitió en mil imágenes, tipografías y perfiles diferentes:

“Terminar el año con nuevos propósitos para el siguiente hará que todo sea más fácil”

Pensó que ella también podía comenzar a elaborar su proyecto de vida y a pesar de que aquellas palabras la armaron de valor, no se atrevió a trasformar la idea que le vino a la mente en un comentario en la publicación. Temió que al llegar a casa los hermanos le quitaran el móvil y lo leyieran, lo que inevitablemente asegurarían burlas hacia sus ideas y un mal rato para ella. Se vio a sí misma restándole importancia a los chistes sobre ella que los hermanos acostumbran hacer con total impunidad, a pesar de que le ha pedido en muchas ocasiones que se abstengan de ridiculizarla. Pero pronto su mente volvió al futuro, a los proyectos.

De vez en cuando levanta la vista para ver el trayecto y comprobar que aún queda camino por recorrer. Recordó aquella mesa del café y su búsqueda sobre cómo elaborar los propósitos. Los reconocidos como personas

inteligentes por los integrantes del grupo sugerían escribirlo en un papel, lo que le pareció muy bien porque llegado el momento podría esconderlo o tirarlo si fuera necesario. En aquel autobús pocos notaron la sonrisa silenciosa que escapó de sus labios cuando recordó lo absurdo que debió parecerles a las demás personas del café verla vaciar el contenido de su bolso sobre la mesa de aquella forma. ¿Qué buscará tan ansiosa? Se habrán preguntado.

Aquella tarde del treinta de diciembre nadie podría adivinar que buscaba algo para escribir. Ni su decepción al encontrar solo un bolígrafo, pero ningún papel sobre el cual plasmar su propósito, lo que consideró una mala señal. Recuerda haber recogido sus cosas y devolverlas al bolso con nerviosismo, dejar el bolígrafo entre sus dedos y tomar una servilleta como soporte para sus ideas. En aquel momento ni es este, se percata que sus decepciones no la han abandonado, solo se disfrazaban de resolución.

Con la mirada fija en la ventana ve pasar los edificios y solares vacíos de la zona industrial. El autobús va a una velocidad moderada por autopista y sin hacer paradas aún, las hará cuando llegue a la ciudad. Mientras, Carmen continúa con la reconstrucción mental de aquel domingo en el que plasmó sus propósitos en una servilleta.

Se vio con el bolígrafo en la mano, la servilleta colocada como una hoja de apuntes y el cuerpo inclinado a la espera. Recuerda con un poco de vergüenza desear que alguien más respondiese las preguntas que revoloteaban en su mente: «¿Qué se puede escribir en una lista de propósitos de año nuevo: lo bueno que deseo para mí o para los demás; lo que quiero o lo que debo realizar?». Así que, buscó de nuevo alguna publicación del grupo que la ayudara a salir de dudas, pero se preguntaban y respondían con seguridad, los planteamientos eran serios por lo que no supo cómo intervenir. Reconoce para sí misma el haber pensado que se reirían de ella si escribía sus dudas «me tomarán por tonta», por lo que dejó el móvil en la mesa y miró al infinito hasta que el ritmo de una canción lejana la obligó a prestar atención a la voz melódica que la acompañaba.

El fragmento de la canción que había escuchado por casualidad dio la clave para sus respuestas. Así que la había descargado en el móvil. Esa mañana tan importante para lo que debía ser su nueva vida quiso volver a ella en búsqueda de inspiración. Con un poco de dificultad se dispuso a hurgar dentro de su bolso, lo hace con discreción para no molestar la plácida siesta que llevaba la persona sentada a su lado, quien tiene medio cuerpo recostado de ella y media pierna en el pasillo. Logra sacar del bolso los auriculares para conectarlos al teléfono y escuchar de nuevo.

Revive cómo había prestado atención aquella letra y comenzado a escribir despacio, a la vez que sus ideas se aclaraban. Recordó haber leído en las publicaciones que necesitaba apuntar también los diferentes pasos para lograr lo que se propusiera y el largo rato que estuvo con su escritura.

El autobús anuncia una parada cercana y al poco tiempo se detiene lo que la saca de los recuerdos para devolverla al momento presente. Ya está cerca de su parada. El durmiente de al lado se ha despertado y incorporado en la silla como los demás, lo que le da comodidad a Carmen para guardar sus auriculares, el teléfono móvil en el bolso y asegurarse de llevar consigo aquella servilleta con sus propósitos escritos. Da un repaso a la lista, la dobla con cuidado y decide guardarla en el bolsillo de su abrigo antes de pedir paso y acercarse a la puerta de salida del autobús. Ya en la calle nota su andar apresurado, tropieza con sus propios pies varias veces antes de llegar a su destino.

En la puerta de aquel edificio bajo, pero imponente, introduce su mano en el bolsillo para apretar la servilleta con fuerza y sentirse así más segura al tocar su nuevo amuleto de la suerte. «Lo logré por mí misma. Las primeras semanas de enero con las pruebas de selección han sido duras, pero han valido la pena. Mis propios pasos me han dirigido a este lugar en donde comenzaré a trabajar por primera vez en mi vida» Con esos pensamientos alimenta su seguridad antes de detenerse frente a la fachada de la empresa.

En la imponente recepción se identifica, le piden que espere. Al poco tiempo escucha su nombre “Carmen M. Sosa” y un escalofrío recorre su cuerpo, sin sacar la mano del bolsillo se apresura a cruzar la puerta que le indican.

Está feliz porque su lista de propósitos funciona.

Pasos que parecen seguros

Al llegar a su casa encuentra a su hermano menor en el salón. Le pide que llame al resto de la familia. Tiene una noticia muy significativa para ella, que desea anunciar y compartir.

Carmen M. Sosa además de tímida es una mujer educada. Le molesta hablar en voz alta y llamar a gritos a otros, por eso le pide ese pequeño favor a su hermano. Él tiene la capacidad de comunicarse a través de alaridos.

El hermano menor llama a sus padres con todas las fuerzas de sus 16 años, sin despegar sus posaderas del sofá ni separar los ojos del televisor, que cuelga en la pared cual obra de museo. También a gritos avisó a Carmen que el mayor no está en la casa. A ella le aturden sus chillidos, pero los soporta esta vez porque desea compartir su buena nueva.

Los padres acuden con prisas al llamado del niño. Carmen los saluda y sin saber muy bien por dónde empezar intenta dar la buena noticia, pero la puerta principal de la casa se abre de golpe.

Igual a un torbellino se escucha la voz excitada del hermano mayor. Entra a la casa con palabras de agradecimiento hacia la vida:

—¡No me lo creo! Recién lo conozco y ha prometido ¡hacer lo imposible para que consiga una entrevista de trabajo en su centro! —dice antes de deshacerse en halagos para su nuevo amigo. Explica que lo conoció mientras tomaba café en el local cercano a la casa. —Estaba yo tan tranquilo en la barra del café, con los ojos en la app de buscar empleo, justo actualizaba la hoja de vida cuando él me empezó hablar y bueno una cosa llevó a la otra... —Y así se explaya en dar todos los detalles de la conversación con ese recién conocido, que ya es su amigo de confianza.

Todos lo felicitan, Carmen incluida, pero los padres se vuelcan en preguntas. La familia se sumerge en fantasear sobre el triunfo que va a tener en ese empleo. Carmen piensa que ya es hora de que se comporte como un adulto. Tiene dos años de graduado y eso de tomarse “unas breves vacaciones” le ha llevado mucho tiempo, pero no dice nada solo espera su turno de dar noticias. De pronto la conversación empieza a decaer y la madre recuerda por qué están reunidos en el salón:

—Y tú Carmen ¿qué querías contarnos? —dice con inseguridad en su voz.

—¡Me han dado el trabajo! —exclama Carmen toda sonriente, contagiada por la euforia del momento y sin esconder su propia excitación, pero con una

voz tan suave que contrasta con sus ojos brillantes de contento. Es un triunfo que desea saborear y compartir.

La familia la mira en silencio, deseosa de los detalles. Ella se queda muda, espera las preguntas tal y como acaba de ocurrir cuando habló el hermano mayor. Todos la miran, pero Carmen no sabe a quién mirar ni qué decir. Luego de ese incómodo instante continúan especulando sobre el éxito que va a tener su hermano, a raíz de esa futura entrevista. Con tristeza Carmen solo atina a meter su mano en el bolsillo, toca su nuevo amuleto de la suerte y sale de la casa. Aunque es de noche, camina hacia el café en donde ella merienda de manera habitual, necesita comer aquella tarta.

A la mañana siguiente se levanta temprano. Su mente agrupa nuevas ilusiones mientras se dirige a lo que será un gran día. El autobús llega repleto y con retraso. Al subir se mueve con cuidado para no tropezar con el resto de las personas. Introduce la mano libre en el bolsillo del abrigo y comprueba que tiene la servilleta de la suerte, así que nada puede torcerse.

Llega a su destino, se baja del autobús, saca la mano del bolsillo y comienza a caminar con pasos que parecen seguros. En la oficina observa que todos se saludan con afecto. Se encuentra feliz de pertenecer a un grupo que percibe como personas inteligentes y ocupadas, se imagina que también así lucirían los integrantes del grupo vida próspera en la vida realidad.

Al concluir el entrenamiento general se indica el lugar que deben ocupar los nuevos dentro del laberinto de sillas y ordenadores. De inmediato alguien se acerca a cada uno para explicar con detalles las actividades que deben realizar. Al llegar su turno Carmen escucha atenta, asiente con la cabeza en señal de comprender las indicaciones. Ese individuo la deja sola para que realice el trabajo y le ofrece ayuda ante cualquier duda.

Carmen se dispone a trabajar. Enciende el ordenador, mira con atención al monitor y este es asaltado con las imágenes de la tarde anterior: su familia reunida alrededor del hermano mayor, sus miradas silenciosas. Duda, cree que sus nuevos compañeros también pueden contemplar lo que ella ve en el monitor de la empresa. Se bloquea, de nuevo apaga y enciende el ordenador, el monitor. Necesita recobrar la seguridad así que busca, con la mano, en el bolsillo del abrigo.

El corazón se paraliza, un frío recorre su cuerpo al no encontrar la servilleta-amuleto. Frenética revisa en todas sus pertenencias y como una imagen lenta y nefasta la ve caer al suelo cuando sacó la mano del bolsillo al bajar del autobús. Palidece, permanece inmóvil en su nuevo puesto de trabajo. Mira atenta a su alrededor mientras la mente entra en bucle: contempla cómo cae la servilleta una y otra vez.

Trata de ejecutar el trabajo que le han indicado, pero, como un mal presagio, la imagen va y viene para disipar sus ilusiones.

El espejo en la puerta

Desde la ventana de su habitación se dibuja un amanecer con muchas nubes. En la casa se respira la rutina: aroma de café recién hecho, sonidos de platos, de tazas, mezclados con aires de amabilidad, de frases entrecortadas dichas entre los integrantes de la familia.

Al levantarse, el único cambio que percibe es el no tener a dónde ir esa mañana. No le dijo nada a la familia al llegar la tarde anterior y ahora, envuelta en las sábanas, lucha por decidir si decirlo o no.

La rabia la invade al recordar el nulo entusiasmo que mostraron cuando, ilusionada, contó la gran noticia y ahora que se transformó en algo negativo no ve por qué debe explicarlo. Sabe que al enterarse del mal momento que vive le van a prestar atención, siempre ha sido así, luego servirá para alimentar burlas o tal vez crear algún nuevo chiste sobre ella, pero en esta oportunidad no está dispuesta a seguirles el juego. Para callar sus propios pensamientos y no despertar sospechas en la familia, decide vestirse y salir como si nada hubiese pasado. «Nadie en la casa tiene que saber lo que me ocurre» pensó al dirigirse fuera de la habitación.

Sus hermanos sueltan una risotada muy sonora al contemplar su aspecto. Califican su ropa como disfraz de oficinista. Ella responde algo que nadie escucha.

—Con esa vocecita no vas a poder atender a muchos clientes — dice le hermano menor entre risas. Ante la sonrisa mal disimulada del padre y la abierta simpatía de la madre, los hermanos continúan sus burlas e imitan su voz y posturas en lo que suponen es la actividad de su trabajo.

Ella ya no escucha. Su mente está aún en el día anterior. Revive la transformación en piedra de aquel rostro que la había recibido amablemente, la voz que le dio instrucciones en tono suave se volvió seco al llamarla aparte para decir: “Lo siento, pero no cumples con el perfil que buscamos. No superas el período de prueba.” Se vio a sí misma asentir con la cabeza para darle la razón a esas palabras. Recordó el deseo de salir rápido de allí y buscar el amuleto perdido. El cómo había vuelto sobre sus pasos, buscado con la mirada y cómo todo fue en vano. El día se había llenado de altibajos que evitaron que se concentrarse en lo que tenía que hacer. Estaba en silencio sin el trabajo que logró y perdió gracias a su servilleta de la suerte.

La voz de la madre retumba como un llamado al presente:

—¿No tienes ni un día y ya vas a llegar tarde? Anda ¡vete ya! que eres muy lenta al caminar, te va a dejar el autobús y tu padre no te puede llevar, lo sabes —continúa la madre, quien no sirvió tostada ni café para ella. —Ya tomarás algo por allí, llévate unas monedas de la mesita.

Se dispuso a salir, al llegar a la puerta miró su reflejo en el espejo que está en la entrada y notó en su rostro un rictus que antes no había percibido. Esas marcas cerca de sus labios no deberían estar allí. La imagen que proyecta de vuelta aquel cristal no le gustó, es muy joven para tener una expresión tan rígida, así que, se esfuerza en dibujar una sonrisa y los hermanos, que están atentos a sus movimientos, sueltan una carcajada por lo que sale despavorida.

Los fluorescentes

Tomó el autobús. En una parada se baja con determinación, un pie tras otro, sus botas de tacón alto tocan el pavimento, sus pasos suenan fuertes y decididos. En realidad, va sin rumbo.

Salir de su casa para aparentar que tiene un trabajo la hace debatirse entre la inseguridad y la rabia, sin embargo, los que la ven pueden pensar que es capaz de comerse el mundo.

A media mañana Carmen M. Sosa se encuentra cansada de vagar por las calles. Con la mente en blanco y la cabeza erguida se sienta a la sombra de un árbol. El trayecto irregular de una hoja la saca de su letargo.

Cae de forma imprevista, a su paso distorsiona la imagen del lugar con meticuloso cuidado. Esto a Carmen le parece una bella propuesta estética. No puede dejar de mirar la trasformación del lugar: lo que antes era una calle llena de rozagantes transeúntes, coches, motos, árboles, corredores urbanos y bancos en mitad de la acera se había convertido en un cruce de caminos desolado, con pocas personas que atraviesan el confuso panorama dobladas por el peso de los bienes que deseaban salvar, «van como como animales de carga» piensa.

Unas detonaciones lejanas la pusieron en modo alerta. «Están bombardeando la ciudad» fue la conclusión a la que llegó. Por instinto se arrojó al suelo y vio que el banco en donde estuvo sentada también había cambiado, ya no era de cemento, era de metal. «Llegó la gran catástrofe nacional, o quizás la mundial» Pensó al tiempo que sintió que por fin su triste realidad se sacude y su opaca vida se ilumina con la luz de la tragedia compartida.

Había deseado el estallido de esa tensión social que todos temían, esperaban y negaban al mismo tiempo. Ahora observa con horror a su alrededor, sin saber cómo comportarse en esta guerra.

Se da cuenta de que a poca distancia hay escombros de cementos y vigas que esconden lo que había sido la entrada a una estación del metro. Un grupo de personas le hacen señas para que llegue hasta allí. La persecución va a comenzar, lo presiente. Tiene que protegerse. Una ráfaga de viento golpea su rostro y al cubrirlo con sus manos, siente entre ellas la servilleta perdida.

—¡Alguien ha escuchado mis suplicas! — Susurra. Con una tranquilidad recién adquirida guarda con cuidado el amuleto dentro del bolsillo del abrigo

y corre hacia lo que consideró un refugio.

Empieza a observar con detenimiento a los que huyen de un destino siniestro. Al abrir y cerrar sus ojos pudo distinguirlos con facilidad. Hizo diferentes pruebas antes de reconocer su poder. Si los mira fijamente parecen civiles asustados que se refugian en la entrada de la antigua estación del metro, pero al pestañear varias veces seguidas algunos revelaban sus marcas fluorescentes bajo la ropa. En la confusión de personas los ve llegar desde adentro ¿del túnel? En todo caso es evidente, su intención es atrapar a los que están allí.

Decide actuar. Con precaución saca de su bolsillo la servilleta y dibuja un arma fantástica capaz de disparar rayos mortales. Maravillada observa cómo esta se transforma y le permite atacar por sorpresa a los fluorescentes. Logra despejar la antigua entrada de infiltrados, deja a su paso restos de cuerpos irreconocibles, bañados en sangre, cubiertos con piedras.

Impregnada con todos esos residuos, un sudor frío le cubre el rostro, el cuerpo le duele. Quizás alguna bala enemiga la ha tocado, no lo sabe con certeza, tampoco tiene tiempo para averiguarlo. No hay otra opción, tienen que salir de allí. En voz alta repite:

—Los túneles están tomados y pronto vendrán más.

Las personas reaccionan, ayudan a los que se quedan atrapados en los escombros o debajo de los cadáveres fluorescentes para que puedan salir, levantan en brazos a niños y enceres. Carmen siente el olor del miedo de un gato y lo tranquiliza con un beso de mirada, ese entrecerrar exagerado de los ojos que solo los gatos entienden. Enseguida su humano lo protege, lo introduce dentro de una mochila que se ajusta al pecho y juntos logran escapar.

En la huida por el peligroso camino al descubierto, escucha a los andantes alabar su valentía. Se siente emocionada y fuerte a pesar de su hombro herido. Sabe que los enemigos se multiplican al igual que las personas que huyen.

Con los drones que sobrevuelan de repente el espacio llegaron también los disparos. Muchos caen como si fueran muñecos desarticulados, otros cuerpos se esparcen en pequeños fragmentos. Carmen puede derribar algunos con su poderosa arma, hasta que ésta se transforma de nuevo en papel. Pasa poco tiempo presa del pánico antes de darse cuenta de que la servilleta empieza a brillar, es la señal de recarga. Vuelve a disparar. Luego, segura de sí misma, esboza un escudo gigante que lanza al aire para impedir los ataques aéreos.

Bajo el escudo avanzan, recogen a los heridos y apartan cadáveres, hasta llegar a un lugar que consideran seguro, a pesar de las detonaciones lejanas. Siente que la sacuden. Reacciona ante el dolor del hombro herido y a la voz que repite su nombre.

Después de varios intentos Montse logra que la reconozca. Saluda y ella confundida responde un poco distante a ese rostro apenas conocido. Sin

embargo, la amiga insiste en conversar con un tono cálido. Carmen asiente con la cabeza mientras su mirada busca ese lugar seguro que había encontrado, abre el puño para hallar su amuleto perdido, pero no lo encuentra.

La voz de Montse continúa su alegre charla. Carmen busca a los fluorescentes, ve a unos trabajadores perforar el asfalto no muy lejos de la entrada de la estación del metro. No sabe por qué el hombro aún le duele.

Encuentro intranquilo

Nuevo día y la duda la abruma otra vez. No sabe si continuar con el engaño y fingir que va a trabajar o se queda en la cama para afrontar las consecuencias de contarla todo. ¿Qué puede inventar para ganar tiempo antes de explicar que ha perdido el trabajo el mismo día que lo encontró? Esa es la cuestión que trata de resolver Carmen M. Sosa encerrada en su habitación, pero sus dudas la abandonan al sonar el teléfono móvil. Lee lo que parece un breve mensaje. Se apresura a escribir «*Perfectol*».

El mensaje de Montse ofrece una solución para su problema mañanero. Aunque el hombro aún le duele y es difícil vestirse, se apresura. Antes de salir de su casa le dirige un leve saludo a la familia, como si llevara retraso. Le responden con las acostumbradas burlas sobre su ropa, adornos y complementos.

Llega muy temprano al café del encuentro. Camina por los alrededores para ganar tiempo y al darse cuenta que la hora de la cita se aproxima se sienta en una mesa discreta con vista al parque. Al rato de estar allí aparece Montse. Nerviosa y descolocada habla con absurda velocidad sobre el clima. Carmen teme que no va a ser la tranquila reunión que esperaba.

—Una pausa Montse, ¿un café no sería mucho para ti ahora mismo?, mejor te pido una infusión ¿verdad? —pregunta Carmen.

Montse asiente con la cabeza sin apartar los ojos de su teléfono. La inquietante mirada fija en el móvil que está sobre la mesa le da qué pensar a Carmen: «Estará esperando alguna llamada importante», pero no preguntó eso, se limitó a decir: —¿Ya has desayunado?

—¡Tengo un nudo en el estómago! Perdona, pero es que estoy susceptible. —Se excusó Montse ante lo seco de su tono —mejor la infusión, solo eso —dice ahora más pausada —sí eso estará bien... fue lo que dijeron que tomara... espera, ¿fue algo de unas flores? o ¿manzanilla?

Al acelerarse de nuevo está a punto de voltear el teléfono móvil para mirar la pantalla, pero en el mismo gesto lo coge con ambas manos y se lo acerca al pecho, se resiste a mirarlo.

—¡No! ¡No! ¡No me acuerdo! —Carmen se asusta con el grito ahogado y reprimido de su amiga.

—¿Pasa algo? —pregunta con media pierna ya fuera de la silla, pero sin atreverse a dejar la mesa.

—No recuerdo qué debo tomar si me pongo nerviosa — responde Montse soltando el Smartphone como si le quemara y enseguida se derrumba: —Tengo algo que confesarte.

Carmen intrigada se incorpora en su asiento. —Dicen que sufro nomofobia. —Confiesa Montse entre susurros.

Al advertir que Carmen no sabe sobre qué le habla, Montse explica lo del intenso pánico a no estar conectada a las redes, pero ella se pierde una buena parte de la información al dedicarse a navegar a través de sus propias fantasías sobre lo que le cuenta: «Distraída, miraba memes y mensajes...»; «Pero no soy mala madre de verdad, créeme por favor, Jordi ya me lo advirtió que tengo que cambiar o si no... no quiero ni pensarla. Por eso es trascendental que me acuerde por mí misma que infusión tomar, sin mirarlo».

—Mirarlo ¿en dónde? —reacciona Carmen.

—En Vida próspera —dice Montse — ¡sabes a cuál grupo me refiero! Que yo te he visto, reaccionas poco, pero ahí estás.

—¡Ah! ¡Tú eres S365! Sí, leí lo que pusiste. Manzanilla, ¡te recomendaron manzanilla! — dijo Carmen antes de ponerse en pie e ir por las bebidas. Emocionada pensó llena de alegría: «¡Sí! conozco a alguien que pertenece a ese grupo».

Mientras Carmen se encuentra dentro del local suena una musiquita metálica que anuncia una llamada en un móvil lejano. Montse de un solo gesto coge el suyo y revisa rápido sus notificaciones, trata que nadie note su desliz. Al llegar su amiga con las bebidas, el teléfono está en la mesa como si nada hubiese pasado.

—Si necesitas dejar esa adicción ¿Cómo es que lo haces a través de un grupo virtual? —Se atreve a preguntar Carmen ya totalmente involucrada.

—¡Oh no! Claro que no, qué tonterías dices. —Montse se regodea en su problema, relata con exceso de detalles la escena que desencadenó la visita a su terapeuta: “Una regañina del pediatra ha sido responsable de que ahora yo tenga que ir a terapia” Atinó escuchar Carmen mientras se esfuerza por ponerle cara a ese niño que nunca ha visto.

—Ya luego Jordi me hizo ir con un terapeuta que me explicó lo que tenía, también me informó que no era para tanto. Ya lo decía yo, con ocho años ya nadie se muere por un bocadillo, pero según él y el pediatra, los dolores de barriga del niño fueron por comer platos fríos. “Panees rellenus con cualquiiiiier cuuuosa” dijeron. —Esto último lo dijo imitando lo que Carmen supuso eran las voces de ellos. Fue gracioso. Ambas rieron.

—He dejado a ese terapeuta. Ahora estoy con Daniel y Víctor ¿los conoces? —Carmen niega con la cabeza —Ellos son los administradores de Vida próspera, saben de estos temas. Me han ayudado mucho, fíjate el tiempo que hemos estado aquí y no he mirado el móvil ni una vez. ¿Y a Emma, la conoces? —De nuevo Carmen niega con un movimiento de cabeza. —Es la administradora de la página de ajedrez. Conoces el juego, ¿verdad? —Ante la

nueva negativa, Montse se extiende en su explicación sobre el ajedrez y el grupo, pero Carmen solo escucha: “no les gusta a todo el mundo y las personas que lo juegan son consideradas muy inteligentes”.

Los ojos de Carmen casi se salen de su órbita, acaba de descubrir cómo materializar otro de sus deseos de año nuevo: «Que me reconozcan como un ser inteligente», recordó haber escrito en su servilleta justo luego de «Trabajar en algo que me guste, rodeada de personas inteligentes».

A medida que Montse habla siente un exceso de saliva en su paladar. Un sudor frío comienza a nublar la mirada, que se divide entre el rostro de su amiga y su móvil abandonado en el centro de la mesa. Aun así, continúa el relato. Carmen se acerca, quiere absorber las palabras, hacer suyos esos gestos que transmiten una revelación valiosa y la pone con los elegidos, las personas inteligentes.

La imaginación de Carmen vuela al visualizar un juego de ajedrez con los administradores del grupo, su nueva vida, su casa, su Jordi, su hijo... Por un instante detiene sus pensamientos y escucha que Montse continúa: —Me recomendaron que escribiera en una hoja lo que podría realizar si le dedicara tiempo a otra actividad diferente. Escribí “salir con amigas” y por eso te llamé... Además, leer o practicar yoga no va conmigo. —Carmen vuelve a perderse en sus propias fantasías, parte del recuerdo del momento cuando escribió sus propósitos y esboza una sonrisa que Montse interpreta como aprobación, así que, continúa con su monólogo sin dejar de observar el teléfono móvil de reojo. De vez en cuando lo coge con las manos sudorosas y le da vueltas sobre sí mismo, en un intento de ver la pantalla así sea de forma fugaz.

El relato de Montse llega a su fin cuando de sus manos resbala el Smartphone y se cae al suelo. Carmen vuelve a la realidad y sugiere dar por terminada la reunión. Que la pantalla se fracturara fue interpretado por ambas como una mala premonición, así que se despidieron.

Nos gusta pensar

Bienvenida a8=D No te asistes, aquí todos estamos en constante aprendizaje. Veo que sabes algo del tema, espero te diviertas con nosotros. ~Emma

Fue la respuesta de la administradora del grupo en donde Carmen M. Sosa solicitó entrar para realizar las prácticas. De inmediato el chat *classromm7* de aquella página de ajedrez online se llenó de saludos.

Reconoce la firma de Emma, busca uno a uno los nicks de los otros participantes y se tranquiliza al no encontrar otro que también coincidiera en el grupo *Vida próspera*.

Le llama la atención la graciosa bienvenida de M(en)1018, pero no dice nada. Solo responde:

Hola a todos, gracias por aceptarme. He estado investigando, aunque no sé mucho sobre el juego. ~a8=D

No está dispuesta a confesar en las primeras líneas de ese chat, que desde el momento que Montse le habló de aquella página ha pasado sus noches inmersa en una investigación sobre todo lo relacionado con el ajedrez. Carmen meditó mucho su decisión de entrar al grupo. Evaluó diferentes alternativas que la ayudaran a cumplir sus deseos, buscaría trabajo de nuevo y aprendería a jugar ajedrez. Necesita que la reconozcan como un ser inteligente y por las palabras de Montse esta era una forma segura de conseguirlo:

—Solo es un juego, pero si lo dominas demuestras tu inteligencia. Requiere concentración y lógica. Aun así, no olvides que solo es un juego. A mi hijo le encanta —Carmen recordó las palabras de su amiga en algún punto de la conversación aquella mañana en el café, antes de la abrupta despedida, forzada por el mal presagio.

Los mensajes y saludos del chat *classromm7* devuelven a Carmen al momento presente. Emma se dispone a explicar por video lo básico del curso para situar a los nuevos, entre los que está ella. Le da gusto conocer la voz a Emma, pero la clase en sí no le resulta emocionante. Lo cierto es que explica con lentitud, como si masticara las palabras, además el contenido ya lo había visto en otros videos. Las preguntas de los demás integrantes le resultan obvias, solo M(en)1018 dice cosas que le aportan algún tipo de novedad. Se tranquiliza al pensar que tiene cierta ventaja con respecto al resto por su experiencia online previa, pero no escribe nada en el chat.

Recuerda el primer curso gratis para principiantes que intentó hacer

animada por las buenas valoraciones de aquella página, el idioma no le preocupó gracias al traductor integrado, tampoco la diferencia horaria, de tan solo dos horas.

Mientras Emma habla, Carmen se recrea en el recuerdo de su propio entusiasmo al calcular la diferencia horaria: «si la clase es a las 14h, aquí serán las 12. Me voy al parque, me conecto y hago algo útil en vez de disimular el ocio con vueltas sin ningún sentido por calles solitarias» Su entusiasmo por el recuerdo pasa a enfado por lo mal que habían salido las cosas en aquella web. Solo espera que estas nuevas clases nocturnas sirvan para sus fines.

Emma informa en el chat que la primera hora es teórica y luego viene la práctica, lo que trae a Carmen de vuelta a la realidad. Pero se aburre pronto y vuelve a hurgar en el pasado, abre otra pestaña de su navegador para revisar el email de bienvenida que le enviaron en el otro curso, de nuevo tuvo que poner el traductor para entenderlo.

Repasa el horario y lo específico que era toda la información, desde las 14h hasta las 15h (hora local), durante quince días. Vuelve a leer la parte sobre la puntualidad (era muy importante) ya que las preguntas/comentarios solo se podían realizar online y luego se enviarían las respuestas de 15h a las 16h (hora local). Le volvió a llamar la atención la firma: *Nos gusta pensar* (Garry Kasparov) Anadyr 689000.

De vuelta al curso se encuentra con que el chat está muy activo, lee el último mensaje:

Sí, gracias. Me ha aclarado mucho. ~JulioG

Se da cuenta de que hay una marca sobre su Nick, lo señala y lee:
Gracias por el aporte @RB. Espero que esto responda tus preguntas @JulioG.
@a8=D estás? ~Emma

Hay gente muy callada. @a8=D, ¿vas bien? antes de comenzar la práctica ¿Alguna duda? ~Emma

Nerviosa, Carmen escribe:

@Emma lo que realmente me interesa es saber cómo avanzar hasta llegar a la promoción o coronación ~a8=D

Antes de correr hay que caminar, @a8=D no te obsesiones, que hay otras muchas cosas en el camino. Elijan pareja para las prácticas. Creen sus chats privados. Cuando estén listos avisen para enviarles los ejercicios, cada pareja tendrá el suyo ~Emma

Fue lo que Carmen tuvo por respuesta, aun así, se tranquiliza al pensar que respondió rápido. Se emocionó al recibir más de una invitación para ser pareja de prácticas. Al parecer su comentario había generado un buen impacto. Sin dudar aceptó a M(en)1018. Su timidez se rezagó detrás del anonimato online, eso le dio confianza.

Mientras esperan su ejercicio, M(en)1018 y a8=D establecen una conversación, en ella M(en)1018 se interesa por su necesidad de aprender el arte de la promoción. Carmen le cuenta que lo vio en aquella web en donde estuvo antes, pero al ser las clases online, no pudo preguntar en directo al

profesor y se quedó con la duda de cómo, cuándo y por qué se podía ejecutar esa jugada.

Lo que no le cuenta a M(en)1018, son sus habituales caminatas por las calles desoladas, la rutina de tomarse un café en el mismo lugar, su necesidad de salir de casa cada mañana para ocultar que ha perdido el trabajo, ni lo de su amuleto extraviado, ni los detalles de aquella página. A lo mejor le dice todo eso después, si llegan a ser amigos, no lo sabe. De todas formas, no está preparada para afrontar ninguna palabra burlona de nadie más.

También obvia cómo llegó al parque, miró la hora, las 12 en punto, se sentó en un banco, papel y lápiz dispuestos, abrió sesión, fue al enlace de las clases y leyó: DESCONECTADO.

Echa un vistazo a la transmisión creada hace once horas:

Este video solo está disponible para suscriptores. Coloca tu usuario y clave de acceso Aquí.

Nos gusta pensar (Garry Kasparov)

Anadyr 689000

No cuenta el haber pensado que era un error de conexión, que actualizó la página varias veces con el mismo resultado, que con tristeza vio la clase en un video que le dejó muchas dudas, que no pudo realizar preguntas por no estar en directo como le habían prometido. Tampoco menciona que vagó por las calles hasta las 17h, que luego se sentó de nuevo en un banco y envió un email con sus quejas.

Lo que sí le cuenta a M(en)1018 es que la lección fue muy buena, dinámica, con mucha información, a pesar de la voz metálica de la traducción. La compara con esta clase y tienen un jugoso tema de conversación sobre ello, solo los interrumpe un mensaje de Emma con el ejercicio y una escueta explicación para ejecutarlo. Se ponen manos a la obra, cada uno a un lado del tablero virtual juegan su rol: enemigos en guerra y amigos en un chat.

M(en)1018 está muy interesado en conocer a A8=D y entre un movimiento y otro le hace varias preguntas, como al azar. Ella, atenta al ejercicio, las responde. La mayoría son sobre aquellas clases en la otra web. En su relato Carmen omite contarle la contestación que recibió de sus quejas y tampoco le contó el haberlas hecho. Pero recuerda para sí misma escuchar la campanita de notificaciones que la despertó a las 2:45h: en respuesta a su correo. Se vio incorporarse en la cama, encender la luz de la lamparita y abrir el email con los ojos casi cerrados, sin apenas distinguir las letras:

Estimada CMS le escribimos en respuesta a su correo. No comprendemos su malestar, desde un principio se le informó sobre el horario y la importancia de la puntualidad. Esperemos que hoy pueda cumplir con nuestras exigencias.

Nos gusta pensar (Garry Kasparov)

Anadyr 689000

Recuerda haberse sentido mal por ser acusada de impuntual. «Qué falta de seriedad mandar un correo a estas horas de la madrugada» Fue lo que pensó antes de apagar la luz y volver acostarse, pero si Carmen M. Sosa se

hubiera tomado la molestia de leer con detenimiento el email a lo mejor buscaba «Anadyr» en Google y habría comprendido el error al enterarse que Anadyr es una ciudad del extremo oriental de Rusia, en Siberia y que 689000 es su código postal, ¡por esa razón la diferencia horaria era considerable! Al desconocer esto, no se lo puede decir a M(en)1018. Por esa razón se limita a contar a groso modo que no eran muy serios con el tema del trato al alumnado.

Se emociona al relatarle a M(en)1018 la segunda lección, habla del momento en el que vio el intrigante movimiento, que le generó dudas, pero le animó avanzar y buscar otras clases más serias, en donde la trataran mejor. Guarda para si los detalles de cómo vio la clase aquella mañana: lo único diferente a las anteriores fue el cansancio y el mal humor, hasta el aviso al entrar al curso fue el mismo: DESCONECTADO

Echa un vistazo a la transmisión creada hace once horas:

Este video solo está disponible para suscriptores. Coloca tu usuario y clave de acceso Aquí.

Nos gusta pensar (Garry Kasparov)
Anadyr 689000

Quiere exponer ante M(en)1018 cómo después de asistir a esa clase online (sin poder preguntar) se animó a escribir lo que luego, amparada por el anonimato, envió sin dudar. No se lo cuenta, aunque recuerda cada palabra escrita:

Estimado Anadyr 689000:

Envío captura de pantalla para que vea que no soy impuntual. Considero, luego de realizar varias pruebas, que el enlace de la página tiene errores y por eso no puedo entrar en ella. Le agradezco señor (Garry Kasparov) Anadyr 689000 corrija esos fallos o retire mi inscripción, por cierto, a partir de la clase de hoy he cambiado el nombre de usuario.

Atentamente A8=D (Antes CMS)

Solo revela el cambio de Nick y M(en)1018 se divierte en el intento de adivinar quién era a8=D en realidad. Se entretienen con el juego del gato y el ratón y el movimiento de piezas en el tablero virtual hasta que Emma interviene en el chat:

Dejen sus ejercicios terminados o hasta donde hayan llegado, en el apartado de entrega del grupo. Espero que disfrutaran de este tiempo de juego y aprendizaje mutuo. Nos vemos en la próxima clase ~Emma"

Carmen y M(en)1018 aprovechan los pocos minutos antes de que se cierre la sesión, por límite de tiempo, para despedirse y quedar como pareja de prácticas para todo el curso.

Esa noche duerme tranquila, a pesar de las palabras altisonantes de la familia que aún se cuelan por las paredes de su habitación, sabe que comienza un largo y próspero camino.

Recuerda que Montse alabó su capacidad para adaptarse a las situaciones adversas. En aquel momento ella estaba distraída y triste por la pérdida de su servilleta de la suerte, la que tenía escrito sus propósitos de año nuevo, sin embargo, la seguridad que le transmitió su amiga la hizo salir de ese estado. Decidió imitarla y pensó: «Con o sin amuleto seguiré adelante».

Un oficio

Carmen M. Sosa camina por las calles abarrotadas de comercios. En las vitrinas mira su reflejo, estudia su silueta, su manera de caminar, trata de corregir cualquier postura que refleje desolación.

Se encuentra cansada de deambular todos los días en horario de oficina para disimular ante su familia. Piensa cómo decirles que perdió el trabajo en su primer día y de repente el sonido de las notificaciones en su móvil la saca de sí misma, es un mensaje de Montse. Quiere saber si se unió algún grupo de aquella página de ajedrez online que le recomendó. Carmen responde:

Sí, he conocido a dos personas que parecen interesantes. Luego te cuento. Ahora no puedo hablar.

Su mente está ocupada en otros asuntos, necesita poner en orden sus ideas, enfrentarse cuanto antes a la familia, pero primero debe decidir en qué transformar su vida.

Al llegar al lugar de costumbre pide su tarta favorita y café. El mesonero le lleva el pedido y Carmen, distraída en sus pensamientos, desvía su mirada. Le llama la atención unas barajas españolas que están en el suelo, las recoge y es sorprendida por una mujer que toma su mano antes de que ella pueda objetar algo.

—Esta carta indica tu buena fortuna, anuncia grandes cambios. —Le dice con voz nasal y continúa: —Aunque ahora estés triste, la solución a tus problemas está en tus manos. Además, veo que en el amor ya has conocido al hombre adecuado —dijo esto último con una sonrisa pícara y así como llegó, se fue. Carmen no tiene tiempo de decir nada, se queda sentada con las barajas en la mano y sobre la mesa, intactos, permanecen la tarta y el café. Por un instante no supo si creer o no en lo que dijo esa extraña mujer, pero se siente tan infeliz que decide darle crédito a su profecía.

«La solución está en tus manos; en tus manos» repite entre susurros mientras mezcla el azúcar en el humeante café. Cae en cuenta de que lo único que sabe realizar con sus manos es trabajar el metal. Mastica un bocado de tarta y se ve a sí misma en sus recuerdos: Está en el taller junto a su padre, en el momento en que él le explica algunas cosas. Revive la diversión de crear diferentes formas y las pequeñas piezas que realizaron juntos. La emoción que se siente al contemplar cómo se calienta el material hasta el rojo vivo, luego hacerlo maleable para convertirlos en los dos cuchillos de cocina que

hizo. A su recuerdo llegaron también las mofas de sus hermanos y la voz de su madre «ya no eres una chiquilla y no puedes estar en estas cosas» recuerda con exactitud las palabras de aquella tarde cuando le prohibió que volviera al taller para efectuar «cosas de hombres».

Mientras saborea su marquesa de chocolate decide investigar algo más sobre la herrería. Quiere impresionar a su padre para que la acepte como aprendiz de forma oficial. Reconoce que ya le resulta incómoda la mesada que, a escondidas, le deja él en la gaveta de su mesa de noche. Pero sin trabajo no le quedará otra que seguir aceptándolo en silencio. «Es un negocio familiar, alguien tiene que heredarlo, igual a ninguno de mis hermanos le gusta el oficio de herrero» le dice al aire.

Entre un bocado y otro comienza a buscar información en internet. Los ojos golosos ya no son para el trozo de tarta que le queda por comer, sino para el video que absorbe su atención. Con ambas manos sujetó el móvil en horizontal, activa los subtítulos y ve la competencia de cuatro herreros. Por la presentación son especializados, no hay novatos en esa forja. Se han establecido las pautas de fabricación para la realización de un hacha, cada uno presenta sus diseños y sus métodos. Carmen toma nota mental.

Se asusta cuando Adlai, uno de los concursantes, pasa más de veinte minutos en la enfermería. «Tal vez mi madre tenga razón y este trabajo es muy fuerte para una mujer», sacude la cabeza con fuerza para sacar de ella esa voz y dar paso a la del presentador del programa que la anima al decirle a un participante: «Si usas bien la técnica, podrás moldear el metal como la arcilla».

Pronto la hoja del hacha estará lista. Se generan unos segundos de tensión: uno de los participantes debe abandonar el concurso. Carmen se imagina en esa situación, coincide con ellos en que hubiese sido más fácil realizar un cuchillo. Ella también sabría cómo hacerlo.

La decisión de los jueces la devuelve al programa. Se lamenta por el que se va, aunque le parece justo. Ella no hubiese puesto en su hacha todo el peso adelante, así que seguiría en el concurso. Pasan a la segunda fase, ahora son tres los participantes. Carmen se deja llevar por sus fantasías, se anima en silencio, siente que es uno de ellos, se imagina a sí misma como concursante. En esta ronda puede arreglar los defectos que indicaron, hasta elaborar una hoja funcional, debe colocar la empuñadura, tiene pocos minutos para amolar, afilar y pulir las cuchillas, pero cree que tendrá oportunidad de entregar algo decente. Repasa en su mente cómo ejecutar cada paso, aprende al observar el trabajo de los concursantes que quedan. Le gusta Ray porque se nota que sabe lo que hace, se identifica con Stephen, desea ser él por un momento. Se vale de los comentarios de los expertos, del presentador para mejorar su arma y de repente anuncian el fin del tiempo.

Su sorpresa es grande al contemplar el tipo de pruebas a la que debe someterse su hacha imaginaria. Primero darán diez golpes a un trozo de madera, para luego cortar una soga. Se asusta, pero confía en que el surco de

los dedos de su mango ayudará a controlar su arma. Lamenta que Jason se marche, aunque, una vez más, le parece justo.

Solo quedan dos participantes y Carmen, en su imaginación, es otro de ellos. Está contenta por haber llegado a la final y estar presente en el gran reto: fabricar una Haladie. No sabe qué arma es esa, con curiosidad escucha con atención la explicación:

“La Haladie es una daga de la antigua India y Siria. Tiene dos hojas curvas de doble filo, sujetas por una sola empuñadura”

«¡Ah! Es parecida a dos puñales juntos, pero más largos», susurra al mismo tiempo que observa los talleres de estos participantes. Ray usa el acero para crear un patrón y mientras lo hace, explica su ejecución. Carmen toma nota, le parece un bello diseño. «Esto del Damasco es como un dibujo abstracto» dice en voz baja y contempla la daga que presentan los dos últimos participantes. El programa termina, se encuentra de acuerdo con el veredicto del jurado, deja el móvil sobre la mesa. ¡Está decidida! Es el trabajo que desea. Apura lo que queda de tarta, paga, se levanta y al comenzar a caminar, piensa en cómo trabajar esa técnica a escondidas de su padre.

Erguida, con pasos seguros se dirige hacia el taller. Por la hora sabe que encontrará al empleado solo y con su ayuda piensa inventar una pieza con acero de Damasco para impresionar a su padre. Esa determinación borra la angustia y sin darse cuenta llega.

Mientras trabaja en la pieza se siente que participa en el concurso: «¡La mejor herrera de la región!»; «¡Su cuchillo hecho con el acero de damasco es perfecto!»; «¡Es la ganadora!» escucha en su mente al presentador y los jueces, aunque es otra voz la que la trae de vuelta a la realidad:

—Esta hoja está agrietada, no puedes realizar un cuchillo con ella, observa la grieta —dice el empleado del taller al tiempo que le señala una línea que atraviesa toda la pieza en la que ella trabajó con mucho empeño. —No hay duda, debes volver hacerla —Señala con paciencia. Carmen lo mira, asiente con la cabeza, pero se da cuenta de que es tarde así que agradece la clase y se despide.

Llega a tiempo para la cena. Con todos en la mesa, se atreve a hablar en voz alta y con seguridad:

—Hoy comencé a trabajar una pieza con el acero de Damasco, es una técnica fascinante. —Le dice a su padre, quien levanta la cara, la mira con asombro, pone sus cubiertos sobre el plato, se dispone hablar.

—¿Has estado en el taller? —Interrumpe la madre antes de que el padre pueda responder.

—Sí, fui hoy. En la tarde.

—¿Y a qué hora sales de ese trabajo que dices que tienes?

—¡Seguro que te despidieron! —Afirma, entre risas, el hermano mayor. El otro hermano se contagia y antes de que se prolonguen las bromas, Carmen interrumpe decidida:

—Ya bueno, ese trabajo no era para mí y no, no me han despedido. Yo decidí que puedo ayudar en el taller con los cuchillos de cocina, diseñarlos, hacerlos...

—¡Tu decidiste! ¡Qué buena respuesta! —dice el menor, entre nuevas risotadas y aplausos de celebración.

Las bromas y burlas de los hermanos están tomando cuerpo, el padre abatido mira la escena y la madre decide poner orden:

—¡Carmen M. Sosa: ¡eso no es oficio para mujeres! ¡Una hija mía sabrá comportarse! —dice la madre con voz fuerte. —¡Ya es hora que asientes la cabeza! ¡Debes casarte! —concluye con voz lapidaria.

Tentadora oferta de trabajo

Carmen se levanta, revisa los anuncios de empleo en el móvil, no hay ofertas nuevas. A su mente acude el recuerdo del día en que perdió su servilleta de la suerte. Toma como un mal presagio ese pensamiento y cae abatida en la cama.

Al poco tiempo recibe una llamada. Respondían a una de las tantas solicitudes enviadas por ella, días atrás, a través de la app para buscar trabajo. Se alegra al concretar la cita para esa misma mañana. Sale decidida de su casa, recorre la ciudad y llega puntual. En la recepción del hotel, en donde es la entrevista, coincide con otros candidatos que la miran con disimulo y recelo.

Antes que se produzca una conversación entre los aspirantes apilados en el amplio espacio, una señorita trajeada de ejecutiva indica el camino y los acompaña en silencio hasta una puerta. Al traspasarla, se encuentran un salón abarrotado con muchas otras personas.

De forma discreta Carmen se sienta en la primera silla vacía que encuentra.

—Perdona, pero ¿cuántas entrevistas te hicieron para invitarte a esta reunión? —Escucha Carmen. Voltea a su izquierda para descubrir quién le habla y observa cómo se frota las manos en señal de querer calmarse.

—¿Entrevistas? No, ninguna. Me llamaron hoy en la mañana para que viniera. —responde ella con un hilo de voz.

—¡Qué suerte la tuya! Yo tuve ¡dos entrevistas! hasta que me invitaron — Su voz, como un lamento, refleja el nerviosismo.

—A mí tampoco me hicieron ninguna entrevista, me llamaron esta mañana... — Se apresura a intervenir otro, que está a la derecha de Carmen. —En definitiva, somos afortunado, pero ¿dos entrevistas previas? ¿Qué te preguntaron? —dice directamente, con ella en medio.

—Lo de siempre: algunos test, un montón de preguntas personales ¡hasta de qué mal me voy a morir! —habla de forma nerviosa, sin dejar de mover sus dedos entrelazados. Alterna su mirada entre Carmen y el otro individuo. —Creo que deben ofrecer un gran trabajo, digo, por lo complicado que es llegar aquí.

—Mi amigo Juan Peña entró a trabajar hace un tiempo y al mes ¡ya estaba para pedir una hipoteca! ¿Se lo pueden creer? Yo alucino... —dice otra en voz alta que, sentada en la fila de atrás, acerca su cuerpo hacia ellos.

Los que están a su alrededor se interesan con el comentario y también se inclinan. Al poco tiempo se crea un pequeño grupo, con los de la fila de arriba y la de abajo del puesto de Carmen, que hablan entre sí de forma animada:

—Eso me hace pensar que los sueldos son buenos y que es un trabajo estable.

—No, eso es lo curioso, no hay sueldo ni contrato de trabajo. Juan me dijo que invirtió una pequeña cantidad en algo que luego vendió con unas ganancias espectaculares. No sé cómo funciona. Por eso estoy aquí, también quiero saber si puedo hacer negocios.

—Yo no tengo dinero. Necesito un trabajo, al igual que ustedes ¿no? —Todos asienten y Carmen prosigue con timidez— Entonces no comprendo cómo podemos invertir.

—Juan tampoco tenía trabajo! —interrumpe el otro lleno de euforia. Vivía con sus padres que le daban una mesada ¡cómo si fuera un crío! —Hace una pausa para reírse y Carmen se ruboriza al recordar a su padre, quien también lo hace. Luego continúa —Por eso cuando me lo encontré y me dijo que se mudó con su pareja, le pedí toda la información que pude.

—¿Entonces a ti también te llamaron esta mañana?

—¡Qué va! Yo he venido a dos reuniones: en una, me hicieron varios test y en la última fue una entrevista con tres personas diferentes ¡y de eso ya hace quince días! Cuando me llamaron ayer por la tarde y me dieron la cita me alegré, pero también me asusté porque no tengo nada de dinero. Llamé a Juan y me aconsejó que no perdiera esta gran oportunidad que me ofrecen. Que sea sincero, ellos me pueden ayudar con la primera inversión.

Entusiasmados con la información que comparten no paran de hablar, de sacar conjeturas. Carmen mira a su alrededor y se da cuenta que por todos lados también se han formado pequeños grupos animados que hablan entre sí. El salón se llena con las voces y murmullos. De vez en cuando destaca alguna expresión de exclamación, algunas risas. En el ambiente se respira confianza y buen ánimo.

Un joven de aspecto vivaz entra al salón. Saluda a los que encuentra a su paso como si fueran grandes amigos. Es el coordinador de equipos. Al llegar a la tarima da la bienvenida al grupo, las personas reaccionan con entusiasmo de forma espontánea y eufórica.

Carmen desacostumbrada a tanto alboroto está petrificada, no sabe cómo reaccionar. Durante la media hora que lleva la charla permanece inmóvil. Para aliviar la tensión decide centrarse en el joven coordinador. Sigue con la mirada cada gesto, cada movimiento que él hace:

—...puerta a puerta, porque deben sentir las necesidades del comprador en su verdadero entorno y así poder ofrecerle lo que en verdad necesitan, lo que ustedes quieren venderle... Si son inteligentes y trabajan con nosotros ¡les garantizo que obtendrán jugosas ganancias! —El joven termina esta frase con euforia. Hace una pequeña pausa, toma agua, intercambia palabras

graciosas con algunas personas de la primera fila. Carmen, mira con detenimiento los artículos que están detrás de él ordenados en la mesa central y piensa «Son cosas de oficina. ¿La gente los comprará para sus casas?» De nuevo se impone la voz del joven:

—Lo mejor es que no tienen que rendir cuentas a nadie, no son unos asalariados. Si actúan con inteligencia serán sus propios jefes. Con tan solo este paquete de los mejores productos del ramo, en pocos días triplican lo invertido.

Con esta última palabra se produce un pequeño malestar en los presentes, algunas personas comienzan a pedir permiso entre las butacas para salir, mientras, desde la tarima el coordinador no ha parado de hablar. Carmen tampoco está interesada, pero teme parecer maleducada o peor aún, un ser poco inteligente así que decide esperar hasta el final. En medio de los que piden paso y los que van murmurando cosas, ella se ha perdido buena parte del discurso:

—¿Por qué no pueden convertirse en inversores? ¿Qué se los impide? Invertir garantiza un futuro. Acérquense, vean los artículos, vamos hablar y solo aquellos que tomen la acertada decisión de trabajar junto a nosotros tendrán asesoría personalizada —dice esto de forma jocosa, los anima a subir a la tarima y acercarse a la mesa mientras bromea: —Pronto los veré contratando a sus propios vendedores... —Esto último lo dice al descuido, como si fuese una información que se le escapó.

De inmediato las personas se acercan a la mesa, ven los productos, hacen preguntas. Carmen, en medio de la confusión, es interceptada por el coordinador. Le habla de precios, le propone dos semanas de entrenamiento como vendedora dentro de una oferta especial para ella. Ella se ve tentada, pero su temor para hablar con desconocidos le hace dudar. Responde que debe consultarlo con sus padres, el joven le entrega una tarjeta para que le llame cuando esté en capacidad de independizarse. Abatida por esas palabras camina hacia la puerta y sale en silencio.

Está cansada por la larga y tediosa reunión, pero no desea volver aún a casa. Así que, sin más rumbo que tomar, se dirige al lugar de costumbre para ahogar sus penas con su tarta favorita y un café humeante.

—¡Hola! vaya cara mi niña, lo que necesitas es la nueva y deliciosa tarta de manzana que tenemos hoy, ¿te la traigo? está fresca, fresca —dice con una amplia sonrisa el joven que acostumbra atenderla.

—No, prefiero la de siempre. Gracias. —responde Carmen con amabilidad.

El mesonero asiente y su sonrisa de quita y pon se cierra al voltear la cara. «Con esta mujer no me funciona nada» piensa mientras se acerca a la barra.

—Esta chica siempre pide lo mismo —dice con voz de resignación al dueño que está detrás de la barra y despacha los pedidos.

—Su vida parece ser muy monótona. En raras ocasiones viene con

alguien. Está muy sola. Pero eh, hay que salir de la tarta de manaza hoy, ya no aguantará otro día, así que ja venderla! —responde mientras pone la porción de marquesa de chocolate sobre el mostrador.

Carmen saborea su tarta, aburrida inicia un chat con M(en)1018 sin darle mayor información sobre su día. La charla gira en torno algunos integrantes de classromm7, se maravillan y burlan al mismo tiempo de los aportes de RB y los despistes constantes de JulioG. De forma inesperada recibe una llamada y descubre, al pasar del texto a la voz, que M(en)1018 es un hombre y él que a8=D es una mujer. Se ríen al reconocerse y planifican las bromas que harían si estuvieran juntos esa tarde durante la práctica online de ajedrez. Podrían reaccionar rápido e inventar chistes. Nadie sabe quiénes están detrás de esos Nicks ni quienes son ellos en realidad y menos aún pensarían que se unieron para realizar esa broma.

En la conversación ella accede a verse con él y apoyarlo en su picardía para animar la clase de Emma, por lo que le envía su ubicación.

Una maldición en la familia

Han transcurrido varios minutos desde que Carmen M. Sosa habló con M(en)1018. Ya terminó su tarta de chocolate y decide pasear por el parque, esperarlo en el café le aburre. A lo lejos observa a un grupo de personas, camina hacia ellos y la curiosidad hace que se acerque aún más al percibir que hablan en voz baja, como si contaran un secreto. A pesar que pone empeño en escuchar con atención, tan solo distingue que se refieren al problema de alguien.

Uno de ellos afirma que ese problema es en realidad una maldición, Carmen se impresiona. Desea conocer el fin del relato, pero ya es la hora acordada. Apresura sus pasos en dirección al café, mientras circulan en su cabeza las pocas palabras que escuchó sobre «esa maldición»

M(en)1018 no ha llegado, así que se instala en una de las mesas sin percibir que el mesonero se sonríe con varios de los clientes del local que la observan y murmuran entre ellos. Ajena a lo que ocurre a su alrededor busca información sobre maldiciones familiares en su móvil. Encuentra algunas páginas y mientras espera, permanece absorta en la lectura. Aunque no conoce el aspecto de M(en)1018 sabe que es seguro que la reconozca, no hay otra mujer sola en este lugar. Sin dejar de leer en una, otra y otra web, levanta la mirada de vez en vez y observa a su alrededor: los usuarios al café no pierden detalle a sus movimientos y no dejan de murmurar. Se encienden las alertas de Carmen «es una señal de que planifican algo» pensó.

Sudoroso y un poco retrasado llega M(en)1018, se presenta «Es mi primera cita a ciegas» piensa Carmen mientras se sonríe y le extiende la mano para saludarlo. Ambos quedan satisfechos de la presencia del otro al ponerse nombres y rostros reales.

Al poco rato ya hablan como si fueran grandes amigos. Es cierto que los chats que han compartido, desde días atrás en el grupo classroom7, los ha unido en una complicidad llena de picardía. Después de valorar las clases de ajedrez y los comentarios de los participantes inician una conversación más personal. Manuel se interesa por conocer sobre su familia y Carmen decide contarle una maldición que ensombrece su vida.

—Es algo curioso, pero por parte de la familia de mi padre solo los varones se reproducen, ninguna mujer ha dado a luz niños vivos —dice Carmen con la voz quebrada y en un tono muy bajo, que obliga a Manuel acercarse a ella para escuchar mejor.

Empujado por la curiosidad el mesonero se acerca para preguntar si

desean algo, saber si están bien y escuchar la conversación. Carmen le dice a Manuel que allí las marquesas de chocolate son muy ricas y aunque el mesero insiste en la tarta de manzanas, él pide la indicada por ella y un refresco. El mozo se va molesto. No se enteró de qué hablan y seguro lo amonestan por no vender la de manzana, que está casi dañada en el aparador.

Al contemplar la cara de compungido que tiene Manuel, Carmen continúa:

—Mis tíos y primas por parte de padre son estériles.

Manuel trata de decir algo apropiado para calmar la angustia que Carmen le transmite en su relato, pero no encuentra palabras y tan solo atina a decir:

—Creo que las maldiciones familiares son creencias que se transmiten de generación.

—¿Pretendes decir que las cinco pérdidas que ha tenido mi hermana son un invento? —Carmen lo interrumpe furiosa.

—No, de ninguna manera, pero a lo mejor... —Llega el mesonero con su sonrisa de quita y pon y comienza a colocar el pedido. Manuel guarda silencio y éste se queda unos pasos más allá con la excusa de arreglar las sillas de la mesa vecina, mientras afina el oído.

—Mira Manuel, te he contado esto porque me preguntaste. ¡De haber sabido que esa iba a ser tu reacción no te lo hubiera dicho!

—No me malinterpretes. Sé lo trascendental que es tener un niño, pero la familia...

—¡Alfredo! ¡Ven aquí de inmediato! —grita el dueño del café que lo ha visto perder el tiempo al limpiar una mesa desocupada. El mesonero se va sin terminar de escuchar, atiende las quejas y el grupo que observa, lo llama.

—¡Ve atenderlos, que para eso te pago! —dice el dueño al mesonero y entra al local.

Alfredo se acerca al grupo y antes de que le hagan el pedido les suelta la noticia:

—¡Está embarazada!

—Por eso las tartas de chocolate... Son un antojo.

—Pobre... él no se ve muy dispuesto aceptarlo.

—Tienes razón, todas las veces que me acerqué estaban en franca discusión... —dice el mesonero y añade: —Voy por sus cafés antes de que me vuelvan a gritar, ya vuelvo.

El grupo habla sobre los problemas de Carmen, mientras mira con recelo a la pareja que sigue con su charla.

—Hay Manuel, me apena que te hayas puesto así con esta noticia —dice Carmen sin poder evitar reírse.

Manuel la mira con cara de interrogación, está un poco desorientado.

—Mira esta página —Le enseña una de las reseñas sobre las maldiciones familiares.

—Y esto, ¿qué quiere decir? —Pregunta Manuel, aún más confundido.

—Quedamos en reunirnos para jugarle una broma a los compañeros de la clase de ajedrez y resulta que el primer burlado fuiste tú —dice Carmen entre carcajadas.

Ante la cara atónita de Manuel, Carmen lo toma por la mano y entre carcajadas le dice:

—¡Qué te jugué una broma! ¡Ni siquiera tengo hermanas! —continúa, mientras se limpia con una mano las lágrimas que se les escapan de tanto reírse. —Tengo dos hermanos, varones.

A lo lejos el grupo que los observa no pierden detalle. Uno de ellos mueve la cabeza en señal de desaprobación y afirma:

—Pobre, ya le dio un ataque de histeria.

Caja de regalos

Carmen se levanta temprano y ya es habitual buscar en el móvil las páginas con ofertas de trabajo. Algunas veces sale apresurada a las urgentes entrevistas que solicitan su presencia para descubrir que son ventas de humo y al regresar a casa soporta con resignación las burlas de sus hermanos, la presión de su madre para que busque pareja, mira de reojo a su padre, quien prefiere darle a escondidas una mesada antes que dejarla trabajar con él en su taller. De vez en vez pasa por el local en donde acostumbra comer tarta y tomar café, pero ya no se detiene allí como solía hacerlo. Está cansada de tanta monotonía.

Esa mañana su desayuno se interrumpe con el inesperado sonido del timbre. Carmen va a la puerta, abre y recibe con sorpresa una caja. Se le escapa una sonrisa al leer el nombre del remitente.

La familia no pierde detalle en sus movimientos y de inmediato saben que se trata de alguien significativo para ella. La madre le pregunta cómo al azar:
—¿Y ese paquete? ¿Es para ti? ¿Quién lo envía?

Carmen finge no escuchar, abraza el paquete, se va rápido a su habitación, cierra la puerta con llave y lo abre: Adentro hay una cajita atada con una cinta de terciopelo rosado, la desata con precaución. Sobre ella descansan dos hermosas rosas negras. Al verlas se sonríe, toma una, la huele y se deleita con su aroma. Al quedar al descubierto el contenido, se le escapa una carcajada: un frasco pequeño lleno de tierra, con un letrero en letras cursivas que dice: “tierra de cementerio”; unas hojas de ruda secas, una pata de conejo de goma. Encuentra un papel doblado. Lo abre y lee en voz alta las letras hechas con recortes de diferentes tamaños: “La mAlDiCión eStá pReSEnte”. También hay viejos periódicos arrugados, metidos con sumo cuidado entre fotos de personas sin rostros, al fondo una nota: “AsÚstatE VoY Por ti”. Termina de leerlo y vuelve a soltar otra carcajada, no para de reír.

En el salón-comedor se escuchan sus risas. La alarma familiar se desata, en silencio se convierten en cómplices, decididos a conocer esa misma mañana el nombre del remitente, qué lo motiva y cuál es el contenido de ese paquete.

Carmen, ajena al sentimiento familiar y sin dejar de reír, guarda en el armario la caja pequeña, pone las rosas sobre la mesa de noche y sale para buscar un vaso con agua para colocarlas allí. El paquete, con los datos del

destinatario queda en su cama.

Al salir de la habitación su madre la llama para que termine el desayuno, pero Carmen responde que tiene una entrevista de trabajo, vuelve a su cuarto, coloca las rosas en el vaso y sale con la caja grande en su mano.

Luego se despide y casi detrás de ella va el hermano mayor. Al llegar a la esquina que dobla hacia la parada de autobús, Carmen tira en la basura el paquete y sigue su camino. El hermano va al contenedor y tras un gran esfuerzo logra recuperar la caja. Se devuelve a la casa, la familia lo espera expectante.

Para ella, el resto del día no fue muy diferente a los anteriores, lo pasó fatal lleno de frustraciones. Las tres entrevistas de trabajo que tenía programadas no resultaron ser lo que ofrecían. Deambuló por la ciudad, intercambió mensajes con Manuel, llamó a Montse y estuvo por allí hasta entrada la tarde. Mientras tanto, Manuel encuentra debajo de la puerta de su casa un papel que dice: «Te invito a cenar. No me llames, solo preséntate en mi casa a las 21 horas.» La nota está firmada: Carmen M. Sosa. Manuel sonríe porque cuando hablaron, Carmen no mencionó la invitación.

Esa tarde Carmen nota un ambiente raro apenas entra a la casa, pero acostumbrada a las extravagancias de la familia no le da mayor importancia. Por su parte Manuel está nervioso, teme que sea otra de las bromas de ella. Se arregla y piensa que no puede presentarse con las manos vacías, así que se detiene en un centro comercial para compra algo.

Sobre la hora de la cena la madre le pide a la familia que se arreglen para cenar, esperan la visita de alguien muy ilustre. Con desgano Carmen se recoge el cabello, se calza, no sale de su habitación, sigue a la espera de la llamada de Manuel, tiene ganas de entrar al chat classromm7 para elaborar lo planificado y jugarles una broma a los compañeros de la clase de ajedrez.

Su espera se interrumpe al escuchar el timbre y la voz eufórica de su madre, presta atención. Una voz alegre es la que le ha respondido el saludo, se queda expectante, le parece reconocer esa voz tan masculina, así que sale de la habitación movida por la curiosidad y petrificada contempla a Manuel con unas flores y unos dulces parado en mitad del salón, rodeado por toda la familia.

Caminos diferentes

Han transcurrido varias semanas desde el desafortunado encuentro con Manuel, en aquella cena llena de altibajos para Carmen M. Sosa quien aún no perdona ese incidente y a pesar de las explicaciones de él, no puede evitar sentirse burlada.

Carmen M. Sosa se mueve entre sentimientos encontrados: extraña las alegres conversaciones con Manuel, pero no lo perdona, ni a la familia, por la jugada traicionera. Decide que, por los momentos, la distancia es la mejor solución.

En apariencia su vida transcurre igual, con las mesadas de su padre sobre la mesita de noche. Dinero dejado a hurtadillas que le permite continuar con la búsqueda de empleo y las visitas al café.

Ese día, luego de un par de entrevistas de trabajo, que dejaron un sabor a desesperanza en sus labios, se sienta en el café. Pide solo un café, para el disgusto del mesero que no puede convencerla de probar «la tarta del día», esa que el dueño necesita vender.

Al poco tiempo de estar allí y casi por casualidad, se encuentra con su amiga Montse. Alfredo no pierde detalles del encuentro. Como tampoco lo hacen los asiduos al lugar, quienes también acostumbran observarla. Definitivamente se divierten con especulaciones sobre la vida de ella, juntos construyen rumores sobre sus aspiraciones, sentimientos, circunstancias, relaciones y todo lo que sus mentes creativas decidan abordar. Así cada uno justifica su tiempo en el café y alimentan sus propias creencias.

Carmen y Montse deciden almorzar juntas. La charla es la que corresponde a la circunstancia, con los acostumbrados eufemismos sociales para romper el silencio de tantos meses sin verse, a pesar de que Montse, desde que se saludaron y tomaron asiento en el café, no ha dejado de ver su móvil y sus hábiles dedos escriben respuestas rápidas a la conversación que mantiene con alguien mientras levanta la vista de vez en cuando para asentir con la cabeza y soltar frases azarosas. Aun así, Carmen se atreve a iniciar una conversación y contarle, sin mencionar algunos detalles, lo ocurrido en su casa durante la incómoda cena.

—¿Cómo sigues de tu nomofobia? —pregunta Carmen, que se interrumpe así misma, un poco molesta por la falta de atención hacia su problema con Manuel. —Jordi y el pediatra te siguen machacando?

—Ellos están bien, cambié de pediatra y listo... solucionado —indica Montse con desdén y ante la ceja levantada de Carmen agrega: —mi nomo... qué? yo no tengo ningún problema.

—Te pregunto porque veo que aún no te puedes despegar del móvil, pero dime ¿respondo las llamadas de Manuel o me olvido de él? —termina de decir Carmen que no quiere entrar a discutir lo evidente, sino que está entusiasmada de recibir algún consejo.

—No entiendo por qué lo responsabilizas a él, si también fue engañado —dice Montse con la mirada fija en los ojos de Carmen. —Ves como sí presto atención, no tengo ningún problema con el móvil, puedo dejar de verlo cuando quiera.

—¿Y si vuelvo a participar en el chat classromm7? —pregunta Carmen.

Montse, quien ha tomado de nuevo el móvil, asiente con la cabeza y dice:

—Mira estos chistes en Vida próspera, a ver si te animas. —Le muestra el móvil y pasa la pantalla para que los pueda ver uno a uno.

A Carmen no le interesa el chat, pero no quiere ser grosera así que sonríe y les da un vistazo. Repara en uno que tiene muchas reacciones:

—Pero si S365 eres tú, json tus chistes!

Montse levanta la vista y un poco molesta responde con una violencia reprimida:

—Sí yo soy S365, pero ¿Qué tiene que ver el grupo con lo que pasó?, por otro lado, por mucho ajedrez que juegues está visto que no serás muy inteligente, repito ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

El mesero Alfredo aprovecha el segundo de incómodo silencio que se produce entre ambas, interrumpe el duelo de miradas y coloca dos vasos de agua sobre la mesa.

—¿Van a querer postre? tenemos una tarta recién hecha... —Dice el mesero Alfredo y continúa con la explicación sobre la delicia del día. Las mujeres retoman sus posturas sobre la silla y sonríen con amabilidad. Luego de escucharlo, cada una pide su postre.

Alfredo se aleja con un nuevo pedido: ¡Dos tartas de chocolate!, anticipa el reclamo del dueño: «¡Las tartas del día, Alfredo, las tartas del día!!!» Antes de llegar a la barra se acerca al grupo de asiduos que espera impaciente las novedades de la chica solitaria.

—La familia está enterada de lo que le ocurre a la pobre chicha y a juzgar por la tensión con su amiga la presionan para que se case con el chicho, el tal Manuel —dicho esto se dirige a la barra por sus tartas, resignado por el discurso que seguro tendrá que oír. Atrás deja a los demás con sus especulaciones, luego volverá para aportar más información y dar a conocer sus teorías sobre lo que le ocurre a Carmen.

En la aislada mesa, ajena al chismorreo, Carmen y Montse continúan su conversación mientras terminan el almuerzo que se interrumpe de forma constante con los videos que Montse se empeña en compartir con una

Carmen cada vez más abrumada. Ese rostro abatido de Carmen lo ven los asiduos al café y con miradas confirman con Alfredo las noticias compartidas.

Carmen nota que las miradas recaen sobre ella y empieza a incomodarse. Montse no repara en ello porque ella no deja de ver su móvil, cada vez está más nerviosa, sus dedos se mueven a una velocidad que asusta y mantiene fragmentos de conversaciones, de forma desordenada, con sus amigos online y con Carmen.

—A ver, a ti te interesa Manuel y por lo que entendí tu familia pisoteó tu privacidad y se entrometió en tu relación con él —dice Montse de repente. Se interrumpe para responder un mensaje. Carmen mueve la cabeza en señal de afirmación. —Entonces ¿Por qué te alejas de Manuel y además por qué te quedas aislada de la actividad que decidiste realizar? ¡Bien sabes lo divertido que son las relaciones online y lo abrumadora que son las presiones familiares!

La conversación se interrumpe con la presencia de Alfredo que de manera elegante y pausada coloca las porciones de tarta en la mesa, mientras fija su atención en la conversación y gestos de las mujeres. Esos momentos lo aprovecha Carmen para tomar su móvil y buscar a Manuel, decide enviarle un mensaje.

Bastó con un simple «Hola» y una carita sonriente para que volviera a ser el mismo, de inmediato respondió para pedirle que se vieran esa tarde. Montse no se da cuenta de esa breve conversación, ella sigue con sus múltiples actividades en las redes, pero Alfredo, el mesero, si se da cuenta de ello.

Transcurre un tiempo y Montse debe volver a su trabajo. Antes de despedirse Carmen le vuelve a pedir ayuda a Montse para encontrar «algo» en su lugar de trabajo, la petición la hace por costumbre o por desespero.

—Sí, no te preocupes, ten paciencia —dice Montse, sin dejar de responder los mensajes en su móvil.

Carmen sospecha que eso no va a ocurrir, piensa que es probable que ni siquiera la haya escuchado. Se despiden con un leve abrazo. Montse con su mirada fija en el móvil le dice ¡Suerte! y Carmen ratifica que no la escuchó.

Se va triste y pensativa. Ambas toman caminos diferentes, con otros rumbos.

Decisiones

Esa mañana, muy temprano, la vecina toca el timbre de la familia Sosa para entregar una invitación al matrimonio de su hija. La madre de Carmen manosea la tarjeta con ambas manos temblorosas y comenta con fingida alegría: —Muy mona, muchas gracias, allí estaremos.

Al retirarse la vecina, la señora Sosa grita a manera de despedida: —¡Felicitaciones a la pareja!

Se recuesta en la puerta después de cerrarla. Se siente mareada, su mirada perdida recorre el salón, necesita tiempo para reponerse, toma aliento. Al cabo de un buen rato recuperar su espíritu y camina con pasos decididos hacia la habitación de Carmen, quien está en su cama, con el móvil. En un arrebato la madre se lo quita de las manos y le grita iracunda:

—De todo el barrio solo ustedes faltaban por casarse. ¡Y ella se te adelantó! —Agita la tarjeta de invitación en la cara de Carmen, luego continúa: —¿Dónde deja eso a la familia? ¿ah? ¡Nos haces quedar mal! ¡Si no te decides pronto, yo misma voy hablar con Manuel! —Sin esperar respuesta, lanza el móvil en la cama y con el mismo ímpetu sale de la habitación.

Carmen se queda perpleja. Está furiosa y escucha cómo en la cocina se forman murmullos crecientes de voces y sonidos.

—¡No me resigno! ¡La boda de Carmen la voy a celebrar con toda la pompa que debe ser! —dice la madre a Sosa padre, quien baja la cabeza y se sienta a desayunar en silencio. Los dos hijos no pierden oportunidad de alimentar los comentarios con preguntas sobre la celebración de la vecina. Carmen se integra al desayuno, mira de soslayo al grupo y la conversación alborotada de la familia impide que intervenga a pesar que hablan de ella, Manuel y el matrimonio. Sus tímidas interrupciones son tomadas con la habitual indiferencia. Son inútiles sus esfuerzos por comunicar algo que a nadie le interesa.

Carmen se dispone a salir, como todas las mañanas al terminar el desayuno. Vuelve a intentar decir algo, pero la madre la interrumpe con voz siniestra:

—En vez de perder el tiempo en tonterías, habla con Manuel. La boda de la vecina es dentro de seis meses. ¡La tuya será antes!

Carmen creyó que los encuentros con Manuel, luego de la incómoda cena, eran a escondidas de la familia. Pero las palabras de su madre la llenan de

preocupación. «¿Hasta dónde han llegado y hasta dónde son capaces de llegar?» piensa nerviosa. Decide enviar un mensaje a Manuel para verse más temprano, quedan para almorzar juntos en el lugar de costumbre. Allí, con la privacidad que creen disfrutar, la pareja se ha reunido todos estos meses para hablar de sus proyectos. Desconocen que los asiduos asistentes al café y Alfredo el mesero también sigue atentos al desenlace de este romance que, según ellos, está cargado de misteriosos contratiempos.

Almuerzan y cuando llegan al postre Alfredo los atiende con fatigada resignación, por más que insiste en los ricos sabores de «la tarta del día» no logra vendérsela, ambos piden la de chocolate y el dueño del café ya tiene bajo amenaza de despido Alfredo «Por inepto» le dice malhumorado cada vez que sirve las tartas de chocolate.

Ajenos al ritmo del sitio, la pareja sigue su conversación. Carmen le cuenta a Manuel lo ocurrido esa mañana en su casa y después de mucho hablar deciden que lo mejor es formalizar el romance, bien sea vivir juntos o casarse.

—Tú conoces mi casa, es cómoda, allí podemos vivir los dos sin problemas. Pago lo mismo de hipoteca solo o acompañado —dice con una amplia sonrisa en su rostro — además, tengo un buen sueldo. No te preocupes por eso.

— Y bueno... yo en algún momento encontraré trabajo —responde Carmen pensativa. —Creo que lo mejor es casarnos. Ya sabes que a mi madre le hace mucha ilusión, no me atrevo a romper sus sueños, además está enloquecida con lo de la vecina. Ya te hablé de sus amenazas. —Luego de una pausa agrega: —Haríamos algo sencillo, sin fiesta, solo la familia y nosotros.

—Sí, estoy de acuerdo. Podemos organizar una bonita cena en un restaurante. — Las palabras de Manuel calman a la angustiada Carmen y llegan a los oídos de Alfredo el mesero que por casualidad reorganiza de nuevo las sillas de la mesa continua a ellos. La pareja se da cuenta de que son observados. Guardan silencio hasta que él termina sus movimientos, entonces Manuel continúa: —En verdad que la actitud de tu madre es un problema, pero no te preocupes al salir del trabajo voy a tu casa, hablamos y fijamos una fecha, así seguro que te deja en paz.

Alfredo ha ido hacia el grupo que observa a lo lejos. Carmen y Manuel lo siguen con miradas de interrogación, pero al contemplar que habla con ellos la extraña actitud del mesero deja de interesarles.

—¡Por fin el hombre se decidió! ¡Hay casorio! —dice Alfredo en voz baja al grupo ávido de novedades sobre la pareja.

—Menos mal porque, aunque yo sospecho que hay algo raro en ese embarazo, si esperan más se le va a notar la barriga —opina uno de ellos.

—Ya está un poco más gordita... ¡esperemos que la familia se lo tome bien! —dice otro que alza su vaso en señal de brindis.

—Ojalá resulte un buen marido —dice el tercero antes de chocar los

vasos para brindar.

—¡Es preferible un mal marido que un niño sin padre! —Sentencia uno de ellos y entre otros múltiples cuchicheos ven alejarse a la pareja.

Llega la noche y Carmen M. Sosa aún no ha encontrado el momento oportuno para decirles a sus padres que Manuel hablará con ellos. Cada vez que intenta pronunciar alguna frase es interrumpida con comentarios de mayor interés para la familia. Al leer el mensaje: «Estoy en la puerta» no sabe cómo comportarse y sale del salón. La madre sigue sus pasos con la mirada y al abrirse la puerta aparece Manuel.

—Espero que vengas para hablar del matrimonio —dice la madre complacida.

Sin fiesta no hay boda

Al recibir la inesperada visita de Manuel, se produce un mutismo en la familia Sosa. La madre pide que vayan al comedor para disfrutar de una improvisada cena. Allí se dirigen acompañados del denso silencio, que permanece presente como un invitado más.

Ya en torno a la mesa, la voz impetuosa de la madre ahuyenta al invitado invisible y comienza el barullo. No desea esconder su enojo al decir:

—La boda se debe celebrar dentro de mes y medio. Tiempo suficiente para realizar todos los preparativos.

Manuel intenta decir algo, pero la señora Sosa con un gesto le indica que no ha terminado de hablar, interrumpe su acción y él permanece en silencio, mientras ella prosigue: —No puede realizarse antes, porque las personas van a pensar que te casas embarazada —Mira con atención a Carmen y sin esperar respuesta continúa —No quiero rumores de ese tipo en mi familia.

Uno de los hermanos le hace una señal a Manuel para que lo deje hablar y con un tono de voz excesivamente alto, le explica a la madre: —Las tarjetas se tienen que mandar a imprimir mañana, tengo entendido que tardan una semana en entregarlas.

—Esta misma noche las diseño. —Se levanta, busca papel, lápiz, se los entrega a Manuel mientras le ordena: —Anota aquí tus datos: nombre y apellidos completos, los de tus padres y no sé qué más será necesario, pero tú apunta, escribe todo lo que se te ocurra que después yo escojo lo que considere oportuno. —Al advertir la cara de asombro de ambos y al darse cuenta que van a decir algo, se adelanta y continúa con su voz seca —Carmen te puede ayudar. —Observa un leve movimiento y sin darles tiempo a réplica les dice —Terminen de comer, por favor, no es imprescindible que lo escriban ya.

Carmen M. Sosa y Manuel se miran perplejos, ella aparta el papel y el lápiz, le comunica algo que nadie escucha porque la frenética conversación de ellos no ha parado. En las pocas ocasiones que interviene el padre, la madre lo manda a callar, bien con un gesto o de forma directa: «Cállate, eso es una tontería» «No vuelvas a interrumpir para decir semejante bobada» y otras expresiones parecidas que horrorizan a Manuel, quien comprende mejor las quejas y comentarios que Carmen le ha confiado durante todos estos meses. Ahora más que nunca está decidido a sacarla de ese ambiente. «Demasiado

dañino, así es imposible levantar cabeza».

La algarabía de la madre y los dos hermanos hacen que sea casi imposible que Manuel y Carmen intervengan en la conversación que está muy avanzada en los preparativos de la boda, tanto que ya comienzan a organizar la luna de miel.

Carmen M. Sosa en un arranque desesperado por hacerse oír, da un golpe en la mesa con el puño de su mano y corta el bullicio:

—Hemos dicho que nos vamos a casar, pero no hemos hablado de realizar una fiesta.

El denso silencio vuelve a sentarse junto a ellos. Las miradas de los hermanos se cruzan en varias oportunidades con la de la madre. El padre permanece en pausa, con la cabeza inclinada parece observar de forma compulsiva el plato de comida que sigue intacto. Al cabo de unos minutos, la señora Sosa se levanta con lentitud, va a la cocina y trae una jarra. La pone en la mesa. El aire está tan cargado que se puede cortar con una uña. Con sumo cuidado se sienta y con estudiada delicadeza sirve agua en su vaso y antes de tomársela habla en un tono bajo, pero no por ello menos siniestro que los anteriores:

—Carmen, deja de decir tonterías. La boda se va a celebrar tal cual la hemos organizado tus hermanos, tu padre y yo.

—Pues no, quien se va a casar somos Manuel y yo y no queremos una fiesta. Si nos hubieran escuchado sabrían que pensamos en organizar una comida en un restaurante. Solo la familia y nosotros dos. —Termina de decir Carmen extenuada y perpleja al pronunciar tantas palabras sin ser interrumpida.

Carmen no ha terminado de hablar cuando la señora Sosa se levanta con tal ímpetu que la silla cae al suelo, con el pie la empuja para desplazarse con más comodidad y se dirige hacia ella. Todos permanecen expectantes. Manuel sin pensarlo se pone de pie, se interpone entre ellas. La madre ve en el rostro de él señales de reto y de forma amable, con un tono casi dulce, pregunta:

—¿Y para cuándo piensan celebrar el matrimonio?

Manuel, desconcentrado balbucea algo indescifrable y Carmen interviene:

—Lo más pronto posible.

Esta intervención de Carmen le permite recomponerse y ya más tranquilo dice, con un tono jovial y alegre:

—Si nos casamos ante un notario, en dos semanas estaría todo listo. Por el costo no hay problema, yo me encargo de ello. Mañana Carmen y yo vamos a la notaría y comenzamos los trámites, así que para dentro de quince días, aproximadamente, podemos celebrar la boda. Lo ideal es que sea un viernes.

El denso silencio es cada vez más patético y Manuel trata de romperlo:

—Usted, señora Sosa puede escoger el restaurante y el menú. Yo corro con los gastos.

La señora Sosa que busca las palabras exactas para expresar su ira, lo mira

con desprecio y dice:

—¡Sin fiesta no es válido el matrimonio! Deben entender que el tipo de fiesta, la cantidad de invitados, todos estos elementos son las señales que indica a la sociedad el tipo de familia que somos y cuál será la que ustedes van a formar. Celebrar un matrimonio con una cena en un restaurante, ¡por favor! Como si fuéramos unos indigentes —Continúa sin dar respiro a Manuel ni a Carmen que están aterrados ante su agresividad. —¡Si pretenden construir sus vidas así, es mejor que hoy mismo te vayas de la casa! ¡Con éste! —Mientras pronuncia estas palabras, camina en dirección a la habitación de Carmen.

Desde allí llama a los hijos y entre los tres sacan las pertenencias de ella. La amontonan en el salón ante la pasiva actitud del padre que tan solo atina a decir «Calma mujer, no es para tanto».

La pareja comprende que no es posible un diálogo, recogen las pertenencias que quedan apretujadas en bolsas sobre el sofá y Manuel llama a un taxi. En silencio se marchan.

Juntos

Los planes de Carmen M. Sosa y Manuel se alteran, las circunstancias los lleva a enfrentar una vida en común sin haber concretado sus proyectos. Improvisan, aunque esto no les arrebata la alegría de estar juntos. Deciden afrontar el futuro con optimismo.

Carmen M. Sosa ya no tiene contacto con su familia. Los padres de Manuel han sido más discretos al manifestar sus deseos: «Deben casarse. Celebrar el matrimonio con una buena fiesta, como debe ser»

«Los dejamos solos para que reflexionen» fueron las últimas palabras que, a manera de despedida, dice el padre ante el movimiento de cabeza de la madre para afirmar lo dicho por su marido. La puerta se cierra detrás de ellos para desaparecer de sus vidas al comprobar que la celebración que los padres de ambos ansiaban no estaba en el deseo de la pareja, así que ellos también se alejan. Carmen y Manuel se quedan huérfanos por partida doble: de padres y de suegros.

Pasan los días y la rutina se apodera de los jóvenes, que sin el apoyo ni mesadas familiares deben controlar sus gastos. Manuel debe coger más turnos en el trabajo y ella pasa todo el día sola. Carmen continúa con sus actividades de soltera: las labores propias del hogar, la búsqueda infructuosa de trabajo, participar en el chat classromm7, practicar ajedrez. Ya no va al café de costumbre, no necesita «hacer tiempo», puede llegar a su casa en el momento que lo deseé.

Al principio, la soledad fue su aliada al alejar los alaridos de sus hermanos en esa extraña capacidad que tienen para comunicarse. Entusiasmada por las posibilidades que se ofrecen en su nueva vida intenta conversar con los vecinos, hacer amigos. Saluda, es atenta, pero ellos tan solo preguntan de manera incisiva sobre la repentina mudanza con el novio: «¿Será que estás en la dulce espera...?» «Un niño siempre es bien recibido...» Ante las negativas de Carmen de hablar de su vida privada, se molestan. Al verla pasar, miran para otro lado, no la ven o no la reconocen, alguno que otro despistado o sin tiempo de desviar la mirada responde el saludo con algún movimiento de cabeza, sin dirigirle la palabra.

Sin embargo, Carmen M. Sosa no es de las que abandonan sus sueños o mandan de paseo a su imaginación. Decide realizar algunos cambios para añadir otros matices a su vida y hacer más acogedora la nueva casa. A Manuel

le parece una buena idea e incluso aporta un par de proyectos decorativos que no ha realizado antes por falta de motivación: Se plantean elaborar una pintura en la pared, en una columna que está en medio del salón sin aparente lógica. Lo primero que se les ocurre es un tablero de ajedrez, pero después de pensarlo deciden que en el fondo serían cuadrados en blanco y negro, eso se vería muy raro, necesitan algo neutral, más orgánico. Comienzan a buscar motivos que puedan pintar sin mayores problemas y se encuentran con varios dibujos de hojas de la planta Monstera deliciosa.

—Las conocía como Costillas de Adán —dice Manuel con aires de conocedor.

A ambos les encanta la idea, es una hoja muy hermosa. Carmen se encarga del diseño del mural y una mañana compra los materiales necesarios. Deja todo dispuesto. Al llegar Manuel del trabajo tienen una cena rápida, interrumpida con discusiones sobre cómo realizar la pintura. Entre bromas y con dedicación se ponen a ello hasta altas horas de la noche. Les lleva varias semanas. Una vez terminada se sienten orgullosos del resultado por lo que deciden efectuar una pequeña celebración para inaugurarla.

El entusiasmo llenó su lista de invitados: Montse, los amigos comunes a la pareja del chat classromm7 que deseaban conocer en persona y algún que otro compañero del trabajo de Manuel. Los invitados se mostraron entusiasmados con la idea, pidieron fotos y detalles. La pareja complacida indica que todo será revelado la noche de la celebración.

Contrario que a Carmen, el barrio aprecia a Manuel. Así que él insiste en invitarlos para la celebración del «gran mural». De inmediato la barriada se muestra interesada. Los que antes ignoraron a Carmen le vuelven hablar, la detienen en la calle para preguntar y hasta hay quien se atreve a tocar su puerta para obtener información de primera mano: «¿Qué pintaron?», «¿Cómo lo hicieron?», «¿de quién fue la idea?»

La noche de la reunión Manuel llega más temprano para ayudar con los preparativos. Han comprado algo de vino, preparado aperitivos variados y luego de arreglarse de manera informal esperan a los invitados.

Transcurren varias horas, el silencio en la calle es inusual. Al cabo de un largo tiempo de espera la pareja comprende que la fiesta se transformó en una celebración privada. Cenan entre bromas y aunque se divirtieron mucho, ambos presienten que así serán sus días futuros, llenos de celebraciones privadas en donde tan solo van a estar presentes ellos dos.

Una puerta se cierra, una ventana se abre

Carmen M. Sosa sigue en su búsqueda de trabajo. Aunque aparecen ofertas que a simple vista se ven atractivas, son ventas de humo. Pasa la mañana entre la nueva organización de la casa y esas infinitas tareas de limpieza. Además, realiza algunas compras siempre sola y en silencio bajo las miradas fugitivas de los vecinos que siguen sin reconocer su existencia, pero que no dejan de observarla. Parecen saber todo lo que ocurre en su cabeza y lo que transita por su vida.

Las tardes las dedica a revisar los chats, cuidar el pequeño huerto que recién elabora y esperar a un Manuel que ha cambiado, al igual que las circunstancias.

Manuel llega cansado, molesto por las horas interminables de trabajo no remunerado que se ve obligado emprender. Ya no es el mismo, empieza a notarse una incipiente calvicie que gana piel desde la frente. Su actitud de hombre bonachón, algo descarado, activo, alegre, se aleja cada vez más de su día a día para dar paso a densos silencios que comparte con la ya solitaria vida de Carmen. Ella, con amabilidad, alivia el cansancio de ambos con una buena comida caliente y mucha paciencia para soportar los silencios. Mientras cenan, la mirada de él fija en el infinito refleja lo agotado que se siente. El mutismo tan solo se corta de vez en vez con algunos monosílabos dichos al aire por ella o por él, las cenas se han convertido en una réplica de las familiares, pero por fortuna, sin las burlas y barullos. La inusual presencia de una abeja que revolotea por el salón distrae los pensamientos que la pareja mantienen por separado.

Una tarde, Carmen deambula por calles desconocidas después de otra frustrada entrevista de trabajo. Entre el paisaje encuentra un letrero pegado en una vidriera: Se busca dependiente. Sin pensarlo, entra en la librería.

—Buenos días, vengo por el letrero —dice a modo de saludo. Se dirige al delgado señor con gafas y cara amable, quien parece ser el dueño, mientras le entrega una hoja son su escueto currículum —Mi nombre es Carmen, Carmen M. Sosa.

—Buenos días Carmen M. Sosa, yo soy Ricardo R. Rodríguez —dice el señor y continúa a la vez que toma el folio. —Bien, vamos a descubrir cuál es tu experiencia. — Y con la rapidez con que se leen unas cuantas líneas levanta la vista, a la vez que esboza una dulce sonrisa. —Veo que buscas tu

primer trabajo —La mira con ojos de interrogación y prosigue —¿Qué tal te va con la lectura? ¿Eres una ratona de biblioteca? —En su rostro se dibuja una sonrisa más amplia, que rompe el mutismo de ella.

—Bueno, Me gusta leer, pero no tanto. No soy tan ratona —dice Carmen nerviosa, mientras le devuelve la sonrisa que denota su evidente timidez.

—¿Cómo te desenvuelves con el público? —Pregunta el señor y sin esperar respuesta, continúa —Yo necesito alguien activo, extrovertido, que aprenda rápido. Que pueda desenvolverse solo, porque dentro de un mes comienzo un tratamiento. No puedo venir todos los días, pero no me gustaría tener que cerrar.

—Puedo aprender rápido, aunque debo confesar que soy un poco tímida.

—La timidez no es problema si hay seguridad en uno mismo, si sabes lo que dices y crees en lo que haces. —Ante el silencio de Carmen, con un tono amable le pregunta —¿Te gusta innovar? ¿Qué te divierte?

—Me gusta la herrería y el ajedrez —dice rápido, pero con un hilo de voz.

—¡Fantástico! Dos aficiones por demás interesantes. —Y ante la no respuesta de Carmen, continúa —Aquí tenemos una sección de libros de ajedrez y otra sobre técnicas y maestros de la herrería. Echa un vistazo a estos estantes —dice mientras la conduce a esas secciones de las que habla.

Carmen está asombrada, son muchos los libros de ajedrez y no sabía que existieran tantas publicaciones sobre la herrería. La abruma la cantidad de textos interesantes frente a ella, se queda sin palabras.

Ricardo R. Rodríguez continúa su recorrido por la librería: los estantes y las diferentes clasificaciones de libros. Habla, explica cada tramo, da varios consejos.

—Aquí se pasan algunas horas de silencio, que es bueno aprovechar con alguna lectura —dice como consejo final. —Escoge los que te llamen la atención, los que quieras y con esto termina el recorrido. —Vamos, busca los que quieras.

Carmen se pasea por toda la tienda hasta que regresa al mostrador. Le entrega dos volúmenes: Mis geniales predecesores Volumen I, de Garry Kasparov y Bladesmithing: Guía intermedia para hacer cuchillos como un herrero: Fabricar cuchillos, espadas y forjar el acero de damasco, por Wes Sander. Ricardo R. Rodríguez los examina y retoman la conversación. Hablan sobre distintos temas y al cabo de un largo rato decide prestarle los textos que ella escogió, le expresa que se los puede regresar al terminar de leerlos. Carmen M. Sosa no encuentra palabras para agradecerle, promete que los devolverá pronto y le parece que ese gesto es para expresar que el trabajo no es para ella, toma la bolsa con los libros y al intentar despedirse de Ricardo R. Rodríguez este le interrumpe:

—Carmen, te voy a poner a prueba por quince días y observamos qué pasa. Si no resulta, te los pagaría y hasta allí llegamos, pero si todo está bien de igual manera te los pago y hacemos un contrato. ¿Te parece?

—¡Claro, me parece perfecto!

—Entonces vuelve el lunes a las nueve y media de la mañana y comenzamos.

Carmen M. Sosa sale feliz. Lleva, junto a la bolsa con los libros, la alegría de haber encontrado un trabajo estimulante.

Esa noche el silencio de Manuel comienza a romperse al encontrar a Carmen ensimismada con la lectura y observa que en la mesita del salón hay otro libro, hace preguntas y ella emocionada cuenta lo ocurrido en la librería. Él se contagia de su entusiasmo, recobra su buen humor y también le detalla lo que escucha a escondidas en su trabajo, le cuenta que se queda en la pequeña habitación que está al lado del gran salón de reuniones:

—Debería aprovechar para dormir una pequeña siesta. A esa hora Carmen, ya estoy cansado. Además, esas reuniones son infinitas. Por ellos es que llego tarde, debo esperar que terminen, reorganizar el salón de reuniones, ¡no veas como dejan eso! —Su voz se anima y gesticular mientras habla: — lleno de papeles, vasitos de café ¡como beben café esa gente mi Carmen! cómo harán para dormir, mira hay basura, mucha basura por todos lados y todo movido, todo ¿por qué? ¡Me pregunto yo! por qué todo queda movido, las sillas por aquí. las mesas por allá. De verdad no sé qué hacen.

—Estás helado. —Interrumpe Carmen al coger la mano de él, que ofreció para entrelazarse mientras la otra sujetaba la cuchara rebosante de sopa caliente. Luego lo anima con un gesto para que siga hablando mientras la mano libre de ella deja el libro a un lado para concentrarse en la conversación y la sopa.

—Las reuniones de Vida próspera se alargan hasta las tantas horas, te repito que en verdad no sé qué hacen —continúa él sin perder el entusiasmo. —Los escucho hablar y hablar. Hay veces que no logro entender algunos fragmentos, otras palabras sueltas y a veces sí cojo el hilo del tema, pero es difícil, aunque interesante. Allí dicen cosas que son verdad, sí te fijas bien. Cosas que podemos aplicar mi Carmen, para que podamos prosperar. — Manuel sigue con su monólogo. Ella lo escucha atenta, no tanto porque le interese lo él se esfuerza en explicar sino por lo dichosa que se siente al romper su triste rutina.

—Espera ¿has dicho, que el grupo se llama Vida próspera? —Interrumpe ella con asombro. Él lo piensa por un momento mientras ambos miran de reojo a la abeja que permanece en un borde de la ventana.

—¿Y ésta qué? —dice él y apunta con el mentón de la cara hacia la ventana —te fijas que es como si estuviera atenta a la conversación, quiere enterarse de nuestras cosas. Lleva allí todo el rato. Noto que nos mira.

—Ay Manuel, es una abeja. No nos mira, estará aquí por el huerto que ya comienza a florecer ¿lo has visto?

—La verdad es que no, ahora me lo enseñas. Las abejas no comen frutas y no has sembrado flores, no tiene sentido.

—Manuel no les tantas vueltas, tal vez quiera ser nuestra mascota.

—Entonces le ponemos nombre. Apis, se llamará Apis. ¡Mira! Responde... se ha movido. —dice él con una sonrisa y agrega en un grito que sobresalta a Carmen y a la abeja: —SÍ, se llama Apis! —Y luego retoma su sopa para agregar al cabo de algunas cucharadas —no había caído, Vida próspera es el grupo de tu amiga Montse, ¿tú también estás verdad?

—Sí, te lo he comentado. S365, es Montse. —Dice Carmen con un trozo de pan en la mano —¿La has visto en esas reuniones?

—No, no lo creo. Allí se dicen por sus nombres. Lo hubiese escuchado. Y al acompañarlos a la salida solo hablo con los dos líderes, son gente seria que sabe escuchar, sabes. Los demás me miran como si no fuese una persona capaz de entender. No creo que, si ella me viese, actuara como si no me conociera. Pregúntale tú si ella va. —Carmen asiente con la cabeza. Le comenta que no han hablado últimamente, pero que esto sería una excusa para contactarla. Así siguen con la charla animada, como en los viejos tiempos. Hasta que llega la hora de dormir. En el dormitorio retoman los pasos de una danza privada que solo sus cuerpos conocen.

Durante los siguientes dos días tienen alegres conversaciones, juegos y bailes. El lunes muy temprano Manuel se despide con un beso de buena suerte para ella y sale hacia su trabajo. A las nueve y media ella está en la puerta de la librería. La encuentra cerrada, mira la hora, comprueba que es temprano, espera hasta que aparece una mujer.

—¿Carmen M. Sosa? —Ella asiente con la cabeza y la mujer continúa —Soy la esposa de Ricardo, él no vendrá. —Carmen mira sin mirar, no sabe qué decir ni que hacer. La mujer también hace un silencio para ver a su alrededor, luego agrega: —Lo hospitalizaron de emergencia, me pidió que viniera para decírselo.

Entre apenadas y sorprendidas, hablan un largo rato. Carmen va a devolver los libros, pero la mujer dice que se los entregue después. Carmen le da su número telefónico y le pide que la llame para mantenerla al tanto de la salud de su futuro jefe, la señora toma nota y se despiden.

Pasan los días y la rutina de Carmen apenas se ve alterada por las charlas alegres a la hora de la cena. También se ha vuelto más activa en el antiguo chat del grupo Vida próspera para estar un poco en sintonía con lo que Manuel le cuenta. Espera noticias sobre el amable Ricardo R. Rodríguez y la respuesta al mensaje de Montse.

Al cabo de unas pocas semanas Carmen se decide a pasar por la librería. Se encuentra con un cartel de «SE VENDE» en la vitrina. Manuel la consuela por las noches y la anima a seguir los consejos del señor Ricardo para que se convierta en «ratona de biblioteca».

Él tiene acceso a una biblioteca muy extensa en su lugar de trabajo, así que comienza a llevar libros de diversos temas a la casa. Carmen M. Sosa piensa «Si una puerta se cierra, una ventana se abre» y sonríe con cada libro que recibe de manos de Manuel.

Possible trabajo

El silencio se ha instalado en la vida de Carmen M. Sosa. Sus rutinarios días pasan en blanco y tan solo se asoma algo de color al llegar por las noches Manuel, eufórico y parlanchín. Llega con nuevos juegos de palabras que se pueden interpretar de diferentes maneras. Algunas veces se inventan bailes antes o después de las cenas para llenar esos momentos con mímicas y retomar la alegría de estar juntos.

Aunque Manuel utiliza frases que necesitan ser explicadas muchas veces, Carmen está feliz de que otra vez hable con la alegría que lo caracteriza.

Para comprender esa nueva jerga que él utiliza en sus cortos monólogos y que ella por más que se esfuerza no entiende, revisa a diario el chat del grupo Vida próspera. En esa búsqueda encuentra las mismas expresiones en diferentes comentarios, pero con significados distintos en cada ocasión. Esta diversidad de interpretación de los términos la confunde y genera una curiosidad mayor «¿Será que no presto atención? ¿Qué me estaré perdiendo?» es lo que se pregunta a sí misma.

En esa exploración por el chat descubre una conversación que la aleja de su búsqueda inicial, allí halagan a uno de los participantes por su óptima transcripción de datos en los informes. Sigue el hilo y encuentra varias felicitaciones a ese miembro del grupo por su promoción en el equipo. Carmen recuerda que ella se destacó en sus años de estudiante por su excelente ortografía y redacción. Se queda pensativa: «Si este individuo logró un ascenso, yo puedo abrirme camino en el mundo laboral». Decide volver a ejercitárselas y prepararse para un trabajo donde pueda poner en práctica estas habilidades.

Busca en los libros que Manuel ha llevado a casa, encuentra algunos temas que le permiten realizar las viejas prácticas que acostumbraba hacer: copiar un párrafo y escribir a su lado otro con la misma cantidad de palabras, pero que expresen lo contrario. Pasa la mañana con este ejercicio y al terminarlo sigue con el siguiente que consiste en reducirlo a la mitad, sin perder la esencia de la idea. Al llegar la noche Carmen tiene realizadas varias actividades.

Durante la cena le habla a Manuel de esa tarea. Él sigue la conversación con mucho interés, le pide detalles y le propone transcribir un párrafo con las ideas que escucha a escondidas en el trabajo. «Así tú tienes un nuevo material para practicar y al mismo tiempo le buscamos el significado a esas

enigmáticas expresiones que ellos utilizan y a las que les dan tantas interpretaciones. Son tan complicadas las explicaciones que yo, a pesar de estar presente, me pierdo con sus palabrerías.»

Deciden reproducir esos fragmentos que Manuel recuerda, para que Carmen las utilice en sus próximas composiciones. Bajo la atenta supervisión de la extraña abeja que ha decidido acompañarlos en sus conversaciones nocturnas, después de cenar, se ponen a seleccionar las frases que él escuchó esa misma noche, hasta que forman un párrafo que se ajusta a la idea que él cree fue la expresada en la reunión. Luego se van eufóricos a la habitación, han encontrado una nueva manera de llenar de colores su universo.

Salvemos el entorno

Las frases recopiladas por Manuel exigen que Carmen M. Sosa revise con más frecuencia el chat vida próspera. Le lleva varias horas organizar esas expresiones para que puedan reflejar las ideas que ellos manejan en sus conversaciones, sin embargo, le resulta divertido. Realiza la labor con sumo interés y asume los riesgos. Se percibe como la protagonista de una película de espionaje.

Entre un chat y otro, descubre que se formó un grupo para evitar la extinción de las abejas. Sigue el hilo de la conversación y se entera que van a realizar una manifestación para protestar porque se han tenido noticias sobre algunas personas que usurpan unas aldeas de abejas. Carmen M. Sosa se involucra en el calor del debate y pide participar en la protesta del sábado. Puesto que Manuel no trabaja ese fin de semana, también lo apunta como voluntario.

Esa noche, Manuel llega ansioso por conocer las nuevas conclusiones a las que ha llegado Carmen en su investigación de las frases seleccionadas.

—Para adelantar también apunté las ideas más relevantes que se discutieron hoy —dice Manuel mientras despliega sobre la mesa las hojas con los apuntes.

Ambos revisan las anotaciones como si de ellas brotaran secretos para mejorar sus vidas. Leen las varias interpretaciones que ellos dijeron sobre las palabras expresadas por algún compañero y que Manuel anotó al margen de cada una. Ante la cara de duda que tiene Carmen al leerlas, Manuel le ratifica:

—Ya te había comentado que a la misma frase le dan diferentes sentidos. Parece cosas de locos, pero no, ellos entienden de qué hablan.

—Con estas anotaciones vamos a tratar de aclarar algo.

—Fíjate que siempre hablan del mismo tema. Otra cosa curiosa es el orden tanto en dónde se sientan hasta en las pausas y comentarios que hacen. Solo que a veces es Daniel, otras Víctor quien abre la reunión, pero ambos dicen idénticas palabras de motivación: «todos dejamos huellas a través del conocimiento. La vida puede y debe ser diferente, próspera», esto no cambia.

—Al decir esas frases Manuel imita las voces graves de ellos, después continúa con su voz normal. —Luego guardan silencio por unos momentos y casi de imprevisto se forma el alboroto.

—Eso que cuentas da miedo, parece una secta, como si hicieran un ritual.

Manuel ríe antes de decir: —Me parece que puse demasiado dramatismo en mi relato, pero no, no es una secta. En verdad que son personas inteligentes, estudiadas, que se ayudan mucho entre ellos y a los demás. —Sin dejar de reír continúa. —Lo primero que hay que aclarar es a qué conocimiento se refieren. Porque es allí que se disparan a preguntar y responder cosas que suenan incoherentes, por lo menos para mí. Fíjate en estos términos —dice esto y subraya unas palabras que se repiten a lo largo de sus anotaciones. —Parecen tener significados opuestos en cada intervención. Entre bromas ambos se sumergen en las anotaciones, discuten, transcriben y sin darse cuenta llega la noche. Se disponen a dormir y Carmen recuerda la manifestación del día siguiente. Le comenta a Manuel y él accede ir, le parece un buen momento para que ella conozca a una parte del grupo y se forme una mejor idea de ellos.

Llegada la hora van a la manifestación de protesta. Al llegar al lugar entienden lo que ocurre: unas personas han usurpado un terreno que le pertenece a una aldea que protege a las abejas y creen que se unen a la lucha para evitar la extinción de ellas. Los asignan a un grupo. Se distraen con las conversaciones y el tumulto de los manifestantes que los rodean, hasta que de forma espontánea todos se dispersan y comienza una coreografía bélica de la que ellos quedan al margen.

Se esconden detrás de unos contenedores de basura mientras observan desconcertados un ir y venir de palos, botellas y piedras. Descubren que a las personas a las que desean sacar de la aldea, no son usurpadores como dijeron sino apicultores que se defienden y tratan de salvar las colmenas de abejas que tienen protegidas en su aldea. Durante la lucha de los humanos, muchos insectos se ven afectados. Algunos forman enjambres que vuelan en círculos para alejarse, pero unos manifestantes los descubren y les prenden fuego. El sonido es aterrador, se confunden los zumbidos con las chispas del incendio y los gritos. En medio del caos, muchas abejas mueren. Otras, al igual que algunos humanos, están heridas. El olor de sus cuerpos chamuscados aturde aún más a Carmen M. Sosa y a Manuel que están atrapados en el terreno rodeado por las llamas. Al poco tiempo los bomberos los rescatan ilesos, pero aterrados por la nefasta experiencia.

Llegan a su casa muy tarde, luego de pasar unas horas en el hospital y otras tantas en la policía, en donde dieron declaraciones. Buscan información en el chat para intentar entender qué ha pasado en realidad. Entre los mensajes hay uno que les llama la atención, lo ha escrito Emma: «Es indecorosa la participación de algunos infiltrados que, con su actitud desalmada, pretendieron destruir los principios fundamentales de nuestra protesta.» A este comentario se suman otros que ratifican la no participación del grupo en esas acciones bélicas. Manuel se convence que así es, pero a Carmen M. Sosa le quedan algunas dudas.

El café de la tertulia de la tarde

El incidente en las aldeas de las abejas despertó en Carmen M. Sosa desconfianza hacia el grupo *Vida Próspera*, sin embargo, Manuel insiste en que fue algo casual, producto de personas infiltradas con deseos de enturbiar la imagen de ellos. La división de opiniones ha enfriado el calor de las conversaciones nocturnas, así que para convencerla de su punto de vista (y devolver a las noches el ritmo y entusiasmo de las veladas previas a ese suceso) piensa en una estrategia para que ella asista personalmente a sus reuniones.

Su plan consiste en suplicarle a Víctor y a Daniel que la dejen asistir a los encuentros.

Promete no descuidar su trabajo por el hecho de que ella esté presente y que no causará problemas. Les manifiesta que a cambio ganan una seguidora y la gratitud de él por salvar su relación. Éstos acceden sin decir mucho, no pueden demostrar que están encantados de tener una nueva ficha para mover en su intrincado juego de poder.

Carmen M. Sosa al recibir la invitación se debate entre sentimientos contradictorios: Se alegra de pertenecer a la comunidad que sigue desde hace casi cinco años, pero también se asusta. Sospecha que podrían ser algo más que un grupo de estudio y crecimiento personal, sin embargo, por el bien de sus noches de pasión accede asistir a las tertulias. Continúa sin trabajo, aunque no ha abandonado las prácticas de ajedrez y los ejercicios de redacción, tiene muchas horas libres. Piensa que las puede emplear para observar de cerca el entorno de Manuel y comprenderlo por sí misma.

Llega el día de la primera reunión a la que puede asistir. Va dispuesta a obtener argumentos para demostrar sus preocupaciones cuando Manuel manifieste su ciega confianza en ellos, entonces ella sacará sus anotaciones. Toma asiento, abre su blog de notas y escucha, mientras transcribe todo aquello que considera, según ha estudiado, que no cumple con la lógica de una buena redacción para un discurso hablado. Así que anotó lo que le pareció contradictorio. También escribe al margen de sus apuntes algunos pequeños auto consejos para no llegar a ser «admirador ciego de la *Vida Próspera*» como apunta al lado del nombre de Manuel.

La actitud que Carmen mantiene en las primeras reuniones es muy parca por lo que muchos de los asistentes la tildan de tímida y se enfocan en

ayudarla para superar lo que llaman inseguridad. Carmen M sosa se deja llevar al sentirse arropada por gente que es amable con ella, aunque en una de esas observaciones para sí misma, anota: «no olvidar que tímida no es igual a insegura».

Al finalizar las reuniones ella sale del recinto junto a unos compañeros con los que ha tenido simpatía, los acompaña hasta la reja que da a la calle y luego vuelve con Manuel para ayudarlo a recoger, dejar todo en orden dentro del salón, que él pueda dar por terminada su jornada de trabajo y ambos volver a casa.

En casa continúan acalorados por el entusiasmo de compartir ideas. Los conocimientos sobre cómo tener éxito y prosperidad se discuten noche tras noche entre bailes privados. Al final del alba él llega a las mismas conclusiones: deben pertenecer al grupo y dejar que ellos guíen los pasos. Ella se limita a devolverle la mirada, no se atreve a enturbiar ese instante para afirmar lo contrario y mucho menos discutir en relación al hecho de aceptar que otros dicten los pasos a seguir en la vida. No es momento de volver a recurrir al blog de notas como prueba de la inconsistencia de los líderes que él defiende, así que solo sonríe.

Una noche al despedirse, los que ella acompaña hasta la salida la sorprenden al invitarla para que forme parte un subgrupo de estudio. Se reúnen en la tarde, antes de las reuniones generales. Trabajan en las relaciones interpersonales y los vocablos claves para incentivar a terceros. Con curiosidad y un poco presionada por ellos, que insisten mucho en que acepte, Carmen decide acudir.

Muy a su pesar el grupo le da confianza. Sus intervenciones en las reuniones generales, si bien son escasas, son escuchan con atención por los líderes y asistentes. Manuel empieza a presumir de lo rápida que es para aprender y de su inteligencia. No ha dejado de ser tímida, pero se ha ganado un lugar entre ellos y ahora tiene más temas de conversación con Montse, que se debate en medio de los celos y la alegría de que su amiga sea parte de los estudiantes de la Vida Próspera. Pese a que ella ha cuidado la forma en que se muestra vulnerable ante ellos no ha sido invitada a reunión alguna. En secreto confía en que Carmen no haya olvidado que ella la animó con las clases de ajedrez y sobre todo que necesita un guía, no en vano ha contado su historia de nomofobia muchas veces en el chat.

Al poco tiempo Carmen empieza a pensar que aquello que en un principio vio como fallos en el discurso, reducciones al absurdo y otras inconsistencias, son sus propias interpretaciones erróneas. Las notas dejan de tener el objetivo de demostrarle a Manuel y recordarse los posibles huecos en las ideas del grupo. Ya no los cuestiona a ellos, sino que se cuestiona a sí misma. En casa y durante las noches ambos buscan adecuar sus pensamientos a lo que se ha dicho en las reuniones. En esos momentos, los apuntes sirven para apoyar los mantras que aprenden sobre la prosperidad y la felicidad. Sus cuerpos dan

el aprobado de sus mandatos, se han dado cuenta de que los bailes nocturnos son cada vez más frenéticos y salvajes.

Carmen y Manuel están contagados por completo por la euforia de los compañeros. Sin apenas notarlo han copiado los gestos, la vestimenta azul. Ella luce la cinta azul en su cabello y juntos han salido a comprar gafas con una bonita y discreta montura azul, aunque en realidad no las necesitan ambos las lucen con orgullo. También han añadido en su día a día nuevas palabras y a las viejas, les han dado otros significados. La influencia que la Vida Próspera ejerce en la pareja ahora se nota incluso en su intimidad, ya ni siquiera se percata de la presencia de la abeja que ronda por su casa.

Han transcurrido varias semanas de reuniones y ejercicios diversos de vocabulario, en donde Carmen M. Sosa también se ha documentado con videos que ayudan a identificar cuáles son las relaciones positivas y cuáles las engañosas, las dañinas que los apartan del grupo y sus beneficios. Decide alejarse de forma definitiva de los pocos conocidos y amigos con los que mantenía una efímera relación. Está muy contenta con esta decisión y se encuentra muy atareada. Todas las mañanas sigue en la búsqueda de trabajo, por las tardes y noches se reactivan sus energías al asistir a las charlas. Se nutre con esas enseñanzas. Se siente muy elegante con su vestimenta en azul y mientras camina, piensa con orgullo: «este era el color de los emperadores».

Una noche, después de la reunión, Víctor y Daniel se acercan a ella.

—Hemos observado el avance que has logrado en tan poco tiempo. Te felicitamos por ello. —Le dice Víctor con voz dulce y prosigue: —Nos hemos enterado que buscas trabajo. En El café de la tertulia de la tarde necesitan a alguien. No sabemos muy bien en qué consiste el empleo, pero si estás interesada podemos hablar con el dueño y recomendarte.

Esta conversación sorprende a Carmen M. Sosa y disipa de forma inmediata las pocas dudas que aún tenía sobre ellos.

—Claro que me gustaría, gracias por ofrecerte a recomendarme. Le garantizo que no los defraudaré.

—Manuel sabe en dónde está el café. Acércate mañana en la mañana, habla con el marido de Milagros. Él es el dueño. —A manera de despedida le da una amistosa palmada en el hombro y le dice: —seguro te irá bien.

Esa noche la casa de Carmen M. Sosa y de Manuel se viste de fiesta ante la inquisidora mirada de la abeja que continúa presente. Ansiosos esperan el amanecer para la entrevista con el marido de Milagros, esa señora tan elegante que al parecer es la mano derecha de Víctor con un cargo influyente en la institución.

Al día siguiente la entrevista es rápida. Esa misma mañana Carmen M. Sosa tiene su primer trabajo estable, con posibilidad de ascenso. De momento es la única mesera contratada en El café de la tertulia de la tarde. Sobre su traje azul imperial se ajustó el delantal azul eléctrico a juego con la cinta en sus cabellos sueltos y la montura de sus gafas. Se sintió segura, tranquila,

elegante.

Al atender su primera mesa, comprendió el porqué de la insistencia del grupo en utilizar ese color. Su apariencia impecable impresionó a la pareja que la escuchó atenta. Carmen M. Sosa supo que representaba el orden. Ya en la barra le mostró al marido de Milagros sus notas del pedido. Él observó su cuidadosa caligrafía y ella se reconfortó en sus pensamientos. Se reconoció como un ser estable, poderoso y al igual que Milagros, su ropa marcaba distinción. Con una generosa sonrisa se dirigió a sus clientes con la bandeja en alto, repleta de cafés, tartas de chocolates y una de manzana.

Préstamo sin intereses

Carmen M. Sosa decide dejar la cena lista para esa noche. Desea preparar la sopa de queso que tanto le gusta, pero no recuerda cuáles son los pasos a seguir. Piensa en llamar a su madre. Ella le puede dar la receta, además es una buena oportunidad para reconciliarse y contarle que tiene un buen trabajo.

Sin más preámbulos llama. Del otro lado del teléfono se escucha una voz a la que Carmen saluda. De inmediato la comunicación se corta. Vuelve a marcar, no responden. Insiste varias veces, hasta que reconoce la realidad: su madre no quiere gastar palabras con ella.

Resignada ante esa negativa trata de animarse, por lo que busca la receta en internet. Encuentra una que se asemeja a la que ella recuerda, de inmediato prepara la sopa. La deja para la noche. La mañana transcurre con los clientes habituales, sin mayores acontecimientos. Sin embargo, Carmen trabaja en silencio. Con la tristeza contenida en su corazón. «Quizás sea un mal presagio que aún no quieran hablar conmigo» se dice a sí misma al terminar el primer turno del día.

Piensa en despejarse y dedicar el poco tiempo que tiene antes de volver al trabajo a trasplantar los germinadores del huerto que están dispuestos en el suelo. «Los pondré sobre el nuevo estante de la cocina» fantaseó en su mente. Al entrar a su casa siente como se le mojan los pies. Comienza a caminar hacia el salón y el agua turbia llega hasta sus tobillos. Observa que todo está inundado. Con determinación llama al Seguro de hogar. Explica el problema y el operador, con el tono amable de una grabación, indica:

—La avería de una tubería solo está cubierta por el Seguro de hogar si tienen contratada «la cobertura de daños por agua». En caso contrario, como es el de Don Manuel, la reparación de la rotura y de los desperfectos causados por ella, correrá de vuestra cuenta. ¿La puedo ayudar en algo más?

Carmen se despide sin entender por qué Manuel no contrató esa cobertura, pero ante lo evidente, entra en pánico al advertir que el agua no deja de brotar del suelo.

Sale a buscar a una vecina que tiene fama de ser la mejor fontanera del barrio. Lo primero que hace es cerrar la entrada de agua de la calle, luego realiza una inspección y comienza a preguntar sobre las tuberías de la casa. Ella no tiene idea de lo que le pregunta, no sabe cuánto tiempo tienen las actuales o si son las originales de la vivienda, en fin, llama a Manuel para que

él le responda. Una vez finalizada la conversación le devuelve el teléfono móvil a Carmen. Manuel y ella coinciden en que la única alternativa es solicitar un préstamo para poder pagar el trabajo de reparación que se prevé complicado y costoso. Descartan la posibilidad de pedir ayuda a sus respectivos padres. Él la calma al decirle que va hablar con un compañero, que seguro lo soluciona.

Manuel se desespera ante la situación y las fotos de la casa que le ha enviado Carmen. Busca por todo el recinto a un investigador que llaman «In», le han puesto ese apodo por estar en todas las movidas de la empresa y ayudar a todo el que pueda con temas personales, sobre todo si se trata de dinero. Logra hablar con él en la máquina de café. Le explica, le enseña las fotos.

—Deja ver qué puedo hacer. Quédate atento al teléfono. —Fue lo único que dijo In luego de escuchar a Manuel con atención y antes de desaparecer a toda prisa.

Al cabo de un rato Manuel recibe una llamada para que se presente con urgencia en la oficina de Víctor, allí también se encuentra Daniel. Ellos preguntan por la situación, ven las fotos y aceptan darle el préstamo.

—No hay que preocuparse por las cuotas para pagarla, ya lo veremos, lo importante es solucionar. —Fue la respuesta que recibió a la pregunta sobre cuánto le prestarían y cómo lo pagarán.

—Llama a tu mujer y que nos pase el presupuesto, además hemos pensado que podríamos cambiarte de puesto: más horas y más sueldo. —Luego le informan del nuevo almacén de abastecimientos de EMCU, cuya sede está en la parte de atrás del Café de la Tertulia de la Tarde, le informan que allí necesitarán a un encargado.

—Piénsalo porque ya no sería dentro de esta Institución. Trabajarías para nosotros, serías el primer empleado oficial de EMCU —dice Daniel con una sonrisa de orgullo en los labios. —Avísanos pronto para gestionar lo del préstamo. Si lo pides aquí debes hablar con Milagros que es la que lleva la cuenta de los empleados. Lo que te corresponda por prestaciones y eso, pero si aceptas ser de los nuestros solo pásanos el presupuesto y listo.

Manuel no responde al momento. Sale de la oficina y de inmediato llama a Carmen. Hablan, revisan los pros y los contras, hasta que llegan a la conclusión que es una excelente oportunidad. Antes de terminar la llamada le pregunta por el presupuesto:

—En lo que lo tenga te lo paso, aún no ha terminado de hacer la revisión —responde Carmen.

Manuel vuelve a la oficina de Víctor donde permanece Daniel. Acuerdan los detalles que han de tomarse en cuenta en el almacén y arreglan los de la renuncia de Manuel a la Institución. Mientras esto ocurre la fontanera, que ha vuelto a revisar las instalaciones, ya encontró el punto central del problema. Levantó las tapas de desague que hay en la casa y el agua comenzó a salir con rapidez. Luego rompe el suelo y le muestra a Carmen las tuberías

que están destruidas.

—Hay que cambiar desde la entrada de la calle y luego colocar un suelo nuevo. La madera está empapada, no creo que se pueda recuperar.

—Y eso ¿cuánto puede costar?

—El trabajo es mucho y costoso. Hago un presupuesto, pero te digo que puede variar de acuerdo con los problemas que surjan. Esos no dependen de mí. Pero bueno somos vecinos, esto lo hago por Manuel. Lo conozco de muchos años, así que no te preocupes que lo ajusto, aunque te advierto que los materiales no son baratos. Eso sí, trabajaré en mis horas libres.

Carmen acepta, así que la vecina toma medidas, llama por teléfono, busca precios, apunta en su libreta. Mientras Carmen saca el agua hacia la calle como puede. Al cabo de un rato la fontanera le pasa un papel, es el presupuesto. Ella se queda en blanco cuando mira el precio.

—¿En cuánto tiempo estará listo? —Es lo que pregunta Carmen con un nudo en el estómago.

—Una semana, si empiezo mañana. Vengo al medio día y algo por la tarde.

—¿No puede estar listo antes? Recién comencé a trabajar, no puedo faltar. Pero sin agua una semana es mucho tiempo.

—Se pudiera hacer el fin de semana. En dos días estaría hecho, pero para eso debo llamar a varios de mis ayudantes y claro pagarles por lo que el presupuesto sería mayor.

—Hablaré con Manuel y luego te aviso qué decidimos, muchas gracias por venir tan rápido. —Carmen se despide de su vecina fontanera.

Llama de inmediato a Manuel quien responde enseguida, sigue reunido con Víctor y Daniel. Manuel activa el altavoz y se escucha a Carmen leer el monto inicial, luego explica que para acortar el tiempo del trabajo el presupuesto aumenta.

—Lo mejor es que lo haga lo más pronto posible —habla Daniel en voz muy alta para asegurarse de que Carmen escuche.

Luego de esa llamada se comunica con su jefe para justificar su ausencia de la tarde. Se sorprende al darse cuenta de que ya está informado del incidente, pero no pregunta cómo lo supo ante las abrumadoras palabras de aliento. El marido de Milagros la tranquiliza sobre todo al despedirse con un «ya nos vemos mañana por la tarde. Toma también la mañana libre»

La casa es un caos, las plantas del huerto flotan por el suelo, al igual que algunas revistas y libros. Con paciencia y tristeza los tira en una bolsa y continúa con la ardua tarea de limpiar. En la noche llega Manuel, que antes ha pasado por casa de la vecina fontanera.

—Vienen el sábado. Ya le adelanté la mitad para que compre lo que necesita y empiecen a trabajar —dice Manuel apenas cruza la puerta de entrada. —Me han dado un poco más, por si surge algo durante la reparación. Ya he renunciado y el lunes empiezo con ellos. —Resume con voz apagada.

Carmen y Manuel se ponen a organizar el caos. Luego se toman la sopa que ella preparó en la mañana. En medio del desastre la conversación se vuelve alegre mientras buscan suelos en la web de grandes tiendas de bricolaje y construcción nueva decoración para su casa.

La primera expulsión del grupo

Ahora que comparten el lugar de trabajo Carmen M. Sosa y Manuel aprovechan para hablar a hurtadillas durante la jornada. Esa mañana recuerdan que ha transcurrido un mes desde la avería. Se alegran porque el mural que pintaron no sufrió daños con el agua y están de acuerdo que resalta con el nuevo suelo. Además, los estantes que se han salvado, luego de una buena mano de pintura, los pondrán en la cocina y allí las nuevas macetas del huerto. La pareja planifica otros arreglos, entre otras cosas, deciden comprar las plantas aromáticas y no semillas como la vez anterior.

La conversación la interrumpen Víctor y Daniel al llegar al café. Manuel, que desea pagar la primera parte del préstamo, va a su encuentro y ella vuelve al trabajo.

Pasan algunas horas hasta que llega la hora de salir al almuerzo, Carmen debe irse. Se va a despedir de Manuel, pero nota que siguen reunidos. Le manda un saludo con la mano y se dirige al vivero para comprar lo que acordaron.

Al llegar a la casa coloca las plantas en el estante, come algo ligero y guarda en un bolso la comida para llevarle a Manuel, antes de irse le envía algunas fotos que ha tomado etiquetadas con corazones y además le pone un mensaje con la pregunta: «¿Cómo fue la reunión?».

Manuel tarda un poco en responder, cuando lo hace Carmen se confunde al escuchar el clip de voz: «Le pagué a Daniel, pero dijo que faltaba dinero. Al parecer el préstamo SÍ es con intereses. El importe se triplicó. Les dije que no, que seguro había un error, pero Víctor me respondió (he imitó su voz) "No hay ninguna equivocación, trata de ponerte al día cuanto antes. Sino los intereses aumentan". Eso me dijeron, me dieron la espalda y se marcharon. No sé qué hacer». Carmen M. Sosa pensó de inmediato que hablar directamente con el jefe del grupo y propulsor del movimiento sería lo mejor, así que responde: «Esta tarde habla directamente con Onagnaz. Él puede ayudarnos y aclarar esta confusión. No te preocupes, ya estoy en camino».

Al llegar va directo al puesto de Manuel, lo encuentra afligido. Él relata con más detalle lo ocurrido, pero los interrumpe el esposo de Milagros que se presenta en la oficina del almacén:

—Buen provecho Manuel. —Saluda y echa un vistazo a la comida para verificar que no es algo hurtado del café. —Buenas tarde Carmen. ¿Hoy no

vienes a trabajar? —Le dice con un tono entre reproche y burla. A lo que Carmen responde con su mejor sonrisa: —Es un poco temprano. Dentro de un momento voy, ahora estoy ocupada resolviendo un problema.

—Recuerda que estar ocupada no significa ser productiva. Te lo he dicho en otras oportunidades. —Esto lo dice como en broma y suelta una risa que a la pareja le resulta desagradable, pero fingen que no les molesta. El marido de Milagros se marcha con caminar pausado, mientras continúa con un murmullo de palabras que se pierden en el salón abarrotados de bultos y estantes. Carmen se despide de Manuel, le da ánimos e insiste que hable con Onagnaz.

Ya en su puesto de trabajo la tarde transcurre con normalidad hasta que llega el grupo liderado por Onagnaz, Víctor y Daniel. Carmen observa con admiración cómo el grupo se organiza en silencio, mueven sillas y mesas para colocarlas alrededor de Onagnaz, Víctor y Daniel (que ocupan la misma mesa, pero en la posición adecuada para que desde cualquier ángulo del círculo que se forma a su alrededor se les vea y escuche) Oye a lo lejos las primeras palabras de Onagnaz, quien es el autor real de las ideas que el grupo promulga y suele hablar en voz muy alta, con un ritmo particular (de tres pausas):

—Si llamas a las puertas del infinito... Y no conoces las preguntas apropiadas... Corres el riesgo de no encontrar ninguna respuesta y perderte. —Luego reinó el silencio. Onagnaz terminó de tomar asiento y poner sus cosas sobre la mesa para volver hablar con fingida modestia:

—Es importante... que se expresen... yo trataré de estar a la altura del reto. —Concluye.

Como corresponde después de las intervenciones de Onagnaz, sus mentes creativas descifran todos los significados posibles de las palabras escuchadas y el silencio reinó por unos minutos. Carmen está atenta a cualquier señal mientras se terminan de acomodar. Luego el silencio fue liberado por Daniel al darle permiso a Carmen para tomar nota sobre las peticiones de cafés y porciones de pastel para el grupo.

Al acercarse a las mesas Carmen percibe una hostilidad inusual en ellos. Se da cuenta de que miran de reojo a Saturnino, ese amable joven con el que ella intercambió algunas palabras una vez que él estaba interesado en invitar al cine a Lucia (una chica que asiste a las tertulias de la tarde con regularidad) y le pidió consejo para abordarla. Carmen también se percata que esa tarde una abeja revolotea insistentemente cerca de ellos y piensa «Ojalá no la vean, la pueden matar». De inmediato sacude la cabeza para apartar esos pensamientos tan negativos y sigue con su trabajo. Una vez recogido el pedido se dirige a la barra para organizar lo que servirá en las mesas. Está atenta a la discusión entre Saturnino y Daniel que, a su pesar, la escucha a medias.

—¿Lanzas preguntas de inmediato? —dice Daniel, con una mueca de

desaprobación y continúa: —¿Como si lo escuchado no mereciera reflexión? ¡No serás tan inteligente!

—Ya —responde Saturnino y agrega otros argumentos muy largos que Carmen no llega a descifrar del todo en sus idas y venidas con las bandejas repletas de café y tartas. Se da cuenta de que Onagnaz sigue en su mundo, nota en sus gestos que la voz de Saturnio molesta sus pensamientos y que mira a Daniel con aprobación, como un permiso para que continúe con el control de la situación. Piensa que será difícil entablar una conversación con él, pero no se da por vencida. Recuerda que «el maestro», como lo llaman dentro del grupo, tiene como costumbre ir al servicio durante uno de los silencios de reflexión de las tertulias de la tarde.

Ha terminado de llevar la primera ronda al grupo, pronto será una de las pausas, así que se aleja de las mesas y huye también de los ojos inquisidores del esposo de Milagros para enviar un mensaje a Manuel: «Atento, acércate al baño, allí puedes hablar con él en privado. Te aviso en cuanto se levante» Una vez que su pulgar ha escrito a hurtadillas vuelve a mirar a la abeja.

A la señal del marido del Milagros, Carmen vuelve por las mesas con más cafés y trozos de otras tartas, además de recoger las tasas y platos vacíos, por lo que escucha la voz de Daniel en un tono más alto de lo habitual:

—Tómate unos minutos, asimila lo que nos ha dicho Onagnaz — luego baja la voz y Carmen, sin poder dominar la curiosidad se acerca a ellos con el pretexto de recoger en su mesa, oye las palabras susurrantes que le dirige a Saturnino casi en exclusividad: —¡No actúes cómo si lo dicho fueran obviedades o cómo si las ideas expuestas no se explicaran por sí mismas!

No comprende el porqué de esas palabras, pero por la actitud del grupo deduce que no es nada bueno para Saturnino. Se aleja. La abeja que permanece cerca de las mesas la tiene nerviosa. En la barra, le pregunta al esposo de Milagroso si sabe por qué están molestos con Saturnino. Éste, que sí tiene conocimientos de lo que ocurre, le responde en un tono seco:

—No pierdas tu tiempo con personas tóxicas, inconsistentes, negativas. Además, tu trabajo no es consolar o comprender aquellos que buscan represalias y discusiones absurdas.

Carmen queda impactada por esas palabras y espera el momento en que Onagnaz se dirija al servicio para avisarle a Manuel. Observa un movimiento inesperado del grupo: con la sincronización de un enjambre agrupan las sillas en círculo y dejan fuera a Saturnino, quien abrumado se dirige a la barra y pide algo para comer. El marido de Milagros evita que ella lo atienda, le sirve al aturdido Saturnino y le busca conversación.

Ella permanece atenta a Onagnaz, a la abeja (se da cuenta que ahora revolotea de un lugar a otro) y a la tertulia que de momento se desarrolla con normalidad: intervenciones y silencios entre café y café, seguidos por otras porciones de pastel y más cafés que la camarera Carmen sirve con fervor.

Mientras esto ocurre, Manuel está con un nudo en el estómago, no puede

controlar el sudor, los músculos tensos, espera sentado en el borde de una silla de aluminio el mensaje de Carmen. Deben jugarse esa carta, aun a sabiendas de que Onagnaz no se ocupa de estos menesteres, pero ella tiene razón. En la angustia en la que se encuentra, no se percata que la abeja entra y sale del pequeño lugar al que llama oficina. Por fin recibe el mensaje. Con movimientos rápidos, pero torpes, se dirige al baño para abordar a Onagnaz. Carmen, que ha perdido de vista a la abeja, continúa con el servicio a las mesas. De vez en cuando mira en dirección a la puerta de servicio. Al cabo de un tiempo Onagnaz regresa a su mesa y Víctor le hace señas a Carmen para que lleve la cuenta.

Ella siente vergüenza de mirar a Onagnaz por lo que no puede apreciar el cambio en su rostro. A decir verdad, nadie nota las grietas en su máscara de hombre impasible. El grupo se encuentra atareado en sus propias verborreas. Sin levantar la mirada del suelo Carmen coloca el plato con el ticket de la cuenta en la mesa y se sorprende al darse cuenta que la abeja vuelve aparecer volando muy bajo. Disfrazada de sombra Carmen presencia el ritual en dónde Víctor y Daniel disputan por asumir el consumo del «maestro», los demás depositan su aporte sin comentarios y participan como fieles espectadores de la acostumbrada representación que Carmen titula en su mente: “El honor de pagar el consumo del maestro”.

Cuando todos se retiran Carmen M. Sosa suele quedarse con ganas de escuchar más sobre los temas que discuten en las tertulias, ganas de quitarse el traje que la reviste de subordinación y lucir completamente como las del grupo, se alivia al tocar su cabello suelto y sentir sobre la nariz sus gafas a juego con las del grupo. «La gente que es inteligente, es tan elegante» se dice a sí misma mientras termina de recoger las tasas multiplicadas por las mesas que han juntado y las sillas que anexaron, bien para sentarse, bien para ser usadas como mesas auxiliares. Contempla cómo la abeja se aleja detrás del grupo. Termina su faena más tarde de lo acostumbrado y se dirige a la pequeña oficina de Manuel. Él le cuenta que Onagnaz no sabe nada del préstamo hacia la pareja:

—Pero me aseguró que están pensados como ayudas e incentivos, por lo que son sin intereses. No sé si él nos puede auxiliar. En verdad estoy confundido. Ni siquiera he podido terminar de arreglar estos paquetes.

—No te preocupes, ya encontraremos una salida. Te ayudo y así nos vamos antes. Ya en la casa descansamos y seguro que se nos ocurre algo.

Así lo hicieron, entre los dos y en silencio se pusieron en la labor. Ya habían pasado varias horas. El café estaba cerrado y se sorprendieron al advertir la llegada de Onagnaz, quien los saluda y se apresura a decir: —Hablé con Víctor y Daniel. Cómo te dije, todo se debe a un error. Mañana por la noche, luego del cierre, nos reunimos y aclaramos el mal entendido.

Manuel agradece la ayuda y el gesto de acercarse para avisar. Carmen no encuentra palabras, tan solo dice con timidez: —Gracias, muchas gracias. —

Vuelve a mirar a la abeja que, desde un rincón, los observa y se pregunta a sí misma: «¿Habrá un panal cerca?»

Onagnaz se despide, se aleja con un caminar apresurado, nervioso. Carmen y Manuel lo observan. Una vez solos, se abrazan llenos de alegría. A pesar que la ayuda del maestro es inminente, Carmen M. Sosa ya no siente la misma confianza en el grupo, ahora no cree que sean tan inteligentes ni elegantes. A partir de esa misma noche deja de usar las gafas azules que no necesita, decide volver a peinarse y vestir como solía hacer antes de ser parte de ellos.

Muerte del líder

Para Carmen M. Sosa y Manuel la noche se hace eterna. A pesar de la promesa de Onagnaz de ayudarlos para aclarar lo relacionado con los intereses del préstamo, ese problema los mantiene en vela.

Los dos se fueron cansados a sus trabajos. Habían sido citados por el «maestro» a la hora de cierre del almacén para aclarar todo junto a Víctor y Daniel. Así que los mensajes de apoyo a través del teléfono móvil empezaron desde el mismo momento en se separaron para atravesar las respectivas puertas que delimitaban sus lugares de trabajo: Carmen entró a la cocina del Café de la tertulia de la tarde por su delantal azul y Manuel al almacén y ninguno pudo evitar enviarse un trébol de cuatro hojas y un corazón en el mismo mensaje como amuleto de buena suerte. Por separado sonrieron al mismo tiempo al ver lo sincronizado del mensaje.

La mañana transcurre sin contratiempos. Carmen atiende a las mesas y se descubre atenta al vuelo de la abeja que la acompaña desde hace días. A la hora del almuerzo compra una pizza y va al pequeño recinto que sirve de oficina de Manuel. Él la espera para comer juntos y aclarar las dudas que tienen sobre la tan esperada reunión.

El esposo de Milagros sigue a Carmen M. Sosa hasta la oficina de Manuel, los saluda y verifica que la comida no es producto de algún hurto de su negocio. Luego se marcha satisfecho de saber que ellos han entendido que ese trabajo no es para pasar el rato ni obtener beneficios personales.

Por la tarde llegan al café Onagnaz, Víctor, Daniel y sus asiduos acompañantes. Con el desorden que los caracteriza piden sus raciones de tartas, cafés y al finalizar Carmen vuelve a presenciar el ritual para el pago del consumo del «maestro». El esposo de Milagros le busca conversación al señalarle que Saturnino ya no está con el grupo, pero en esta oportunidad ella no hace ningún comentario. Desea terminar pronto para ir al encuentro con Manuel.

Recoge los platos, tazas, servilleteros. Con las bandejas repletas y sin mediar palabras ni perder el tiempo, va por todos los rincones hasta la barra y de allí a la cocina. Lava los utensilios, los coloca en sus puestos. Limpia el local, organiza las sillas, las mesas y ya cansada de tanto ir y venir se despide del esposo de Milagros que le dice en un tono irónico:

—Hasta pronto Carmen, en mi opinión hoy tendrás una noche

inolvidable. Casi me atrevo a presagiar que mañana no vienes —y al decir esto suelta esa carcajada que desentona con cualquier sonido armónico. Ella tan solo murmura «Hasta mañana» como respuesta y camina apresurada al encuentro con Manuel.

Al llegar a la pequeña oficina Carmen encuentra a Manuel atareado con unos bultos que acaban de entregarle. Debe organizarlos en los pequeños pasillos creados por muchos estantes dispuestos como un laberinto.

—Quiero terminar antes que el maestro llegue. Así la reunión se hará más temprano. —dice sin dejar de mover los bultos de un lado a otro. Ella lo ayuda diligente y están a punto de concluir cuando escuchan pasos que retumban por el largo y solitario salón de EMCU, hasta que llegan a la mesa del fondo en donde la pareja organiza los últimos paquetes. Se saludan y Daniel dice con una voz muy dulce, casi melódica:

—Es mejor que Carmen se vaya, será más cómodo si estamos solos.

Un poco nerviosa, Carmen no sabe cómo comportarse, Manuel la calma y le pide que lo espere en casa. Ella se despide y al salir observa a la abeja que parece permanecer atenta a la escena. Camina rápido, se tropieza con sus propios pasos y una vez que está lo suficientemente lejos para no escuchar, Daniel habla de nuevo:

—Termina de organizar esos paquetes y cierra el local. Vamos a salir al estacionamiento y hablamos allí. Aclarar este enredo es solo cuestión de un instante, todos estamos cansados. Es muy tarde.

Una vez en el estacionamiento Daniel, con un leve toque en el codo, dirige a Onagnaz hasta recostarlo en un gran vehículo de transporte de provisiones. Manuel sigue en la oficina, coloca el último paquete en el estante, cierra la puerta y avanza hacia los tres amigos que silenciosos y serios lo esperan. Se acerca a ellos un poco nervioso por las circunstancias. En el lugar hay algunos vehículos y contenedores de basura. Continúa su camino y de súbito aparecen unas sombras que se multiplican, lo capturan y lo inmovilizan.

—¡Esto es por no pagar a tiempo! —Gritan como posesos los que, armados con palos y sin darle oportunidad para reaccionar, lo golpean sin piedad —¡Deja de hablar por allí sobre nosotros! ¡Aprende a bajar la cabeza! Mientras, del vehículo del que está recostado Onagnaz salen otras sombras absolutamente sincronizadas con los que golpean a Manuel, lo inmovilizan y obligan a contemplar el espectáculo a la vez que Daniel graba con su móvil la escena que han preparado. No pierde detalle, apunta hacia los porrazos, las gotas de sangre, cada gesto transfigurado de Manuel. Cual director de cine pide brutalidad, más realismo, grita que repitan los golpes hasta que los planos sean satisfactorios. Onagnaz no da crédito a lo que ocurre y lucha por zafarse para ayudar a Manuel, sin éxito.

—Este es el rostro que le mostramos a los que, por una razón u otra, se enfrenta a nosotros —Suena la voz de Víctor. Con palabras pausadas, masticadas y en un volumen muy alto dice directamente a Onagnaz, quien es

obligado por las manos que lo sujetan a devolverle la mirada a Víctor: — Observa el semblante que nunca vamos a reconocer públicamente y para aquellos que pretendan denunciarnos, tenemos más muestras de esta misma cara.

Con un parpadeo, Víctor da la señal para que Daniel guarde su móvil y el resto prepare la escena para que sea vista por los demás. Como si se tratara de un acto muy ensayado y con un argumento cuidadosamente estudiado limpian del suelo las manchas más evidentes y en un solo movimiento introducen en la parte de atrás de ese vehículo, contra el cual está inmovilizado Onagnaz, el cuerpo de Manuel casi inconsciente. El "maestro" también es introducido allí sin mucho cuidado.

Onagnaz está aturdido, hay demasiada angustia fuera de su mundo y en un intento para que Manuel no pierda el conocimiento insiste en hablarle y pedirle que aguante hasta que llegue ayuda.

Todo pasa muy rápido, a los pocos minutos llegan a un hospital. A Manuel lo atienden en urgencias, mientras afuera Daniel organiza un relato ante algunas personas de autoridad:

—Lo encontramos tendido en el suelo del estacionamiento. —Indicó no tener más información, alegó que llegó luego de la llamada de auxilio de Onagnaz.

Con toda la atención dirigida hacia Onagnaz, éste siente la presión de tener que decir algo, dar explicaciones, piensa en Anier y en todas sus hijas. El silencio de Onagnaz se prolonga hasta hacerse sospechoso, tanto, que da tiempo a que Víctor le pregunte alto y claro:

—Onagnaz ¿tienes algo que denunciar? Cuéntales a estas personas qué ha pasado.

El pecho de Onagnaz se agita sin control, un dolor agudo le atraviesa el cuerpo. El brazo le duele, cae al suelo y ya no siente nada. Unas manos diligentes lo asisten, le dan la atención requerida y al abrir los ojos, está en una habitación.

En ese momento Onagnaz siente el miedo y la culpa que no lo abandonará nunca más mientras viva. Anier tenía razón, la alianza que había hecho con Víctor y Daniel no era la que él pensaba. Esos dos tenían otras oscuras intenciones que él, a pesar de las advertencias de ella, no fue capaz de detectar. Ahora que supo la verdad era demasiado tarde.

Onagnaz no está preparado para afrontar esta realidad, que se encuentra muy lejos de sus teorías. No sabe cómo obrar, ni qué pensar. En la espera de Anier, se queda en silencio. Definitivamente no habla, ni siquiera consigo mismo. Acostado en la cama, perdido entre tantas imágenes confusas, escucha muy suave la voz de Víctor «...tus hijas seguirán los pasos de Manuel», estas palabras lo derrumban. Él se las repite una y otra vez mientras le coloca la almohada sobre su rostro y presiona, hasta que Onagnaz deja de respirar.

El mundo ideal de Onagnaz estalló. Víctor se mueve entre las sombras y con su habitual discreción hace circular a través de los mensajes de los teléfonos «El maestro los necesita. Lleguen de inmediato» El grupo de la Vida próspera cae en crisis y se moviliza. Cumplen las órdenes y llegan en bandadas, atropellándose unos con otros.

Transcurre las horas y los empleados del hospital contactan con los familiares de Manuel, que está en cuidados intensivos, luego llega Carmen directo a la habitación de Manuel en donde los padres la miran con reproches mal disimulados antes de ir a café del hospital para para pasar con café el mal trago de tener a su hijo medio muerto. También han llamado a la familia de Onagnaz. Su esposa Anier se presenta y es informada de que éste sufrió un infarto, que lo atendieron rápido, pero no pudieron salvarlo.

Han pasado varias horas desde que ambas mujeres llegaron al hospital. Manuel ya está despierto y Carmen sale de la habitación para buscar a los padres de él, ya que no le contestan el móvil y su hijo insiste en preguntar por ellos. Por los pasillos de cuidados intensivos se tropiezan ambas. Carmen, con su fresco vestido verde que recuerda el césped, peinado de trenzas. Anier, trajeada de negro, melena suelta como un felino. Ambas contrastan con la vestimenta del grupo «vida próspera» que van con trajes y gafas azules. Las mujeres adornan sus cabellos sueltos con cintas del mismo color. Las dos, aunque no son amigas, se conocen a través de sus respectivos esposos. Sorprendidas se saludan al unísono y se preguntan la una a la otra por qué están allí.

Carmen M. Sosa estalla en llanto al escuchar la explicación de Anier sobre la muerte del «maestro». Al calmarse un poco le cuenta que esa misma noche Manuel acudió a un encuentro con Onagnaz, Víctor, Daniel y que no sabe cómo, pero que lo atacaron en el estacionamiento del local de la tertulia de la tarde.

—Mi Manuel está con fracturas y contusiones muy severas. —dice Carmen y se percata que una abeja revolotea cerca de ellas.

Anier escucha con tristeza y miedo, sin poder borrar de su mente lo dicho por Onagnaz a tempranas horas de esa misma noche, en donde ponía en dudas las acciones de Víctor y Daniel en relación con los préstamos. «Actúan a mis espaldas y cobran altísimos intereses». Sin pensar lo más y para huir de las miradas del grupo vida próspera que tratan de escuchar, deciden refugiarse en la habitación de Manuel para que él le cuente lo ocurrido. Al poco tiempo sale y no puede apartar la imagen de Carmen sumergida en lágrimas y la de él, con sus ojos ausentes.

Decide ayudarlos a pagar esa deuda con EMCU y llama a la administradora de la empresa, para que le dé un adelanto de su sueldo. No le explica las razones, pero ante la repentina muerte de Onagnaz, Milagros deduce que esa es la razón y accede a llevarle el dinero en efectivo.

A las pocas horas Carmen se vuelve a encontrar con Anier quien habla

con Milagros. Se saludan y Anier le hace una seña que le indica que ésta no sabe nada sobre la conversación que habían tenido antes. De inmediato comienzan hablar de los detalles de la ceremonia para velar a Onagnaz, pero Anier está al asecho de un pequeño instante de distracción de Milagros y de las sombras que las vigilan para darle a Carmen lo que tiene escondido entre su ropa. Llega el momento y se lo entrega. Carmen M. Sosa se sorprende al darse cuenta que es dinero. Realiza un gesto de querer preguntar, sin embargo, no tiene tiempo para ello, lo toma y esconde también dentro de un amplio bolsillo de su falda. Piensa que puede pagar la parte de la deuda que ellos le reclamaron a Manuel.

La conversación de las mujeres se ve interrumpida por Víctor y Daniel que se acercan silenciosos con caminar pausado y la mirara fija en Carmen. Los siguen algunos de sus pupilos que llaman la atención por sus voces estridentes y se multiplican a sí mismos por los círculos que crean tras los tropezar entre sí. Líderes y seguidores se ubican alrededor de Carmen M. Sosa, la envuelven en un manto de seda especial hecho con sus palabreras para separarla de Anier y Milagros. Cubierta de penumbras la conducen hasta la habitación donde yace Manuel. Anier trata de impedirlo, pero Milagros la abraza. Ha interpretado su desespero como pesadumbre por la pérdida de su esposo y la arrastra en dirección opuesta.

Carmen M. Sosa se encuentra sola con los agresores de Manuel que, adolorido y bajo el efecto de los calmantes, no se percata de lo que ocurre a su alrededor. Ella mira hacia la ventana y al notar la presencia de una abeja, se extraña por la calma que le transmite.

Fuera del camino

Carmen M. Sosa se ve obligada a entregar el dinero que Anier le dio a hurtadillas, pero ellos insisten en que eso solo abona una parte de la deuda.

—Además, habrá un cobro extra por las molestias que han ocasionado — dice Daniel, quien es el último de ellos en salir de la habitación. — Carmen, es una lástima que un peón tan valioso como tú no coronara —dice y en la mente de Carmen se dibuja su Nick del grupo de ajedrez, A8=D, luego Daniel desea una pronta recuperación a Manuel y se despide con la sonrisa amable que lo caracteriza. La pareja comprende que la deuda aumenta de forma caprichosa.

El médico que atendió la emergencia había prescrito mantener a Manuel en observación unos cinco días más, a pesar de que las pruebas ya habían terminado. Sin embargo, al día siguiente del «accidente» se presenta otro doctor en la habitación y anuncia a la pareja que Manuel será dado de alta, deberá guardar reposo absoluto en su casa y si hay algún problema volver a urgencias. Esa misma tarde la pareja arrastra su tristeza con cada paso que da hacia la calle.

Cerca del hospital la fila de taxis espera clientes, un chofer deseoso de pasajeros detiene los pasos atolondrados de la pareja. Entran en el auto, dan la dirección y en silencio contemplan el paisaje hacia su casa. Ciudad Agnus ya no les parece tan hermosa, la angustia que sienten trasformó sus calles en paisajes extraños.

Carmen y Manuel rompen el silencio al darse cuenta que el vehículo se detiene en una esquina. Le piden al chofer que continúe, la casa está cerca. El conductor sigue sin hacer nada. Unos pocos segundos bastan para que lleguen hasta el vehículo unas personas armadas con palos. Irrumpen en el taxi, los sacan de él y los golpean, mientras dicen cosas cerca de sus oídos por lo que solo ellos dos escuchan. El conductor, que había salido despavorido del auto al llegar estas personas, pide ayuda a gritos. Algunos bajan desde los edificios o salen de los locales cercanos, uno de los pocos coches que pasa por allí también se detiene y los agresores huyen sin dar tiempo a explicaciones.

Las viejas heridas de Manuel se abren y se confunden con las nuevas. El rostro de Carmen también sangra. El conductor está en shock. Alguien llama a la policía. Al poco tiempo llegan las ambulancias y son trasladados de nuevo

al hospital.

A pesar de la contusión Carmen puede hablar y aunque sabe, por las palabras de los agresores, que Víctor y Daniel están detrás de ese ataque no lo dice. Se limita a contar lo ocurrido. Manuel, después de ser atendido, hace lo mismo. La policía se entera que a él lo habían ingresado el día anterior, también por una golpiza. Califican el caso como un «ajuste de cuentas» y confirman sus teorías con las declaraciones del conductor del taxi.

Después de pasar un largo rato en emergencias Manuel y Carmen logran estar a solas. Hablan sobre lo ocurrido y llegan a la conclusión que estos ataques no son solo por la deuda, presumen que hay algo más detrás. Deciden llamar Anier para avisarle.

—Nos vigilan y saben que tú nos ayudaste con el dinero —dice Carmen a una Anier que no sale de su asombro y que insiste en denunciar. —La policía se empeña en que es un ajuste de cuentas y para que puedan investigar debemos señalar a los culpables, pero eso no lo podemos hacer. Ya hemos visto lo peligroso que son, así que ni se te ocurra venir al hospital. Te aviso una vez que estemos en la casa —dijo Carmen para terminar la llamada.

Tarde, casi al anochecer, el médico de urgencias firma el alta de ambos. Reciben las recetas correspondientes y las recomendaciones de reposo. Manuel debe volver en una semana para observar su progreso.

Salen nerviosos y deciden llamar a un taxi. No se atreven a irse, otra vez, en los que se encuentran aparcados fuera del hospital. Esperan un tiempo y ya en el vehículo se calman un poco. El trayecto transcurre sin novedad, hasta que en una calle un camión los embiste de forma repentina y choca contra ellos.

Con el impacto, la brisa trae una servilleta hasta el rostro de Carmen M. Sosa y ella recuerda aquella mañana que buscó en el grupo de la Vida próspera, cómo redactar un propósito de año nuevo. Sonríe con tristeza. Deseaba tanto ser reconocida como alguien inteligente que no logró distinguir la falsedad de ese grupo y ahora que lo sabía era demasiado tarde.

En su casa jardín, como Anier y su familia se referían a su casa en las afueras de la ciudad, Anier y todas sus hijas se dispone a ver las notic平as de la noche. Escuchan y ve las imágenes: "... de los cuatro accidentados, solo hay dos sobrevivientes: tanto del taxista como el conductor del camión están ingresados con severas heridas y contusiones. Sus pronósticos son reservados. Sobre la pareja se sabe que eran asiduos de las salas de emergencia por peleas callejeras. De igual forma lamentamos esté trágico incidente y trasladamos a la familia nuestro sentido pésame..." Mientras daban la noticia salió en pantalla las fotos de los cuatro. Anier reconoció a Carmen y a Manuel en ellas. "Y a continuación la última hora nacional..." fue lo último que escuchó antes de que su mente quedara en blanco por un momento.

FIN

Otros titulos publicados

ENTRE GATOS, PERROS Y OTROS ANIMALES

Antología de 39 cuentos breves, con los animales y sus amigos humanos como protagonistas.

MALAS DECISIONES

Novela corta disponible en papel y e-book. Un encuentro con la Muerte confirmó que ni el amor, ni la supervivencia ni el tiempo son lineales cuando son Ellos los emergentes

MÁS INFORMACIÓN EN: RBOSCHETTI.COM/LIBRERIA/

